

Mesa para un solitario.

.Teatro absurdo
en dos Actos.

Escrita por CARLOS REDONDO.

Nº registro: M- 002609/ 2008

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-PR

60/90/09
1766888

MESA PARA UN SOLITARIO

COMEDIA ABSURDA EN DOS ACTOS

PERSONAJES

ADÁN. Cliente Sindicalista.
RENÉ. Maitre Afrancesado.
SR. DIOSDADO. Cliente y Empresario Dictatorial.
ANSIOLÍTICA. Mujer de la Noche.
CRISTINA. Feminista Ultra-radical.
CARMINA. Esposa del Sr. Diosdado.
JOVEN PRIMERO y JOVEN SEGUNDO. Hijos del Matrimonio Diosdado.
AKIRA, KENJI y YASUJIRO. Empresarios Japoneses.

ESCENARIO

El escenario es una pequeña parte de un restaurante muy peculiar llamado "El Jardín del Edén". En él aparece una mesa preparada para una cena y dos sillas. Tras ésta, un biombo y colgado en él un gran abanico con motivos orientales. El local está tenuemente iluminado por colores azulados y rosados. El tranquilo hilo musical de piano y trompetas dan al lugar un ambiente de alterne.

ACTO I

RENÉ, un maitre de aires bohemios y gestos muy amanerados, está limpiando las paredes con un plumero. Realiza esta tarea con mucha dedicación y esmero. Mientras tanto canta horriblemente una canción inventada sin ningún tipo de ritmo ni entonación.

RENÉ. ¿Dónde estará mi amor esta noche? ¿Lo encontraré tras un biombo o en un plato de sopa? ¿Encontraré mi amor esta noche o mi corazón seguirá solo?

RENÉ se detiene pensativo.

RENÉ. Otra noche sin clientes. Y eso que es sábado. Ni siquiera viene ya por aquí el señor Diosdado. Y los del banco amenazando con cerrarme el negocio... ¡Y todo por no pagar desde hace ocho meses! A esos con nada se les agota la paciencia. Y las chicas están igual pero, ¿de qué se quejan si apenas trabajan? Ni siquiera sé por qué le pongo tanto esmero a esto de limpiar. ¡No tengo clientes que vayan a fijarse en ello!

Por un lateral entra rápidamente ADÁN, un hombre sobre los cuarenta años. Está oculto bajo un sombrero que le cubre todo el rostro y una vieja gabardina empapada de agua. Está muy nervioso.

ADÁN. Adán, Adán, ¿dónde te has metido? Y salir a la calle con la noche que hace y el reuma que tienes... ¡Y a un sitio así! Debería irme antes de que me vea alguien.

RENÉ, al verlo, se dirige apresuradamente hacia él cambiando su tono de voz a un marcado acento francés.

RENÉ. Buenas noches, messie. Bienvenido a nuestro Jardín del Edén. Pase, pase. Haga el favor de pasar. Sin miedo. Está en su casa. Déjeme su ropa y siéntese. Pondremos a su disposición a todas las chicas que le apetezca. Ya verá como le gusta. Le gustará tanto que repetirá y volverá. De hecho no hace falta que se vaya si no que puede quedarse aquí todo el tiempo que quiera. ¿Le parece bien, messie?

ADÁN. (*Abrumado*) Buenas... noches. Gracias.

RENÉ. Le noto mojado. ¿Hace una nuit desapacible, messie?

ADÁN. No, no, no. Solamente está diluviando como si fuera el fin del mundo. Pero un poquito nada más.

RENÉ. ¡Y usted está chorreando! ¡Va a destrozarme la moqueta! ¡Haga el favor de darme su ropa! ¡Rápido, rápido antes de que inunde el local!

ADÁN. (*Quitándose la gabardina*) Sí, sí esta bien. Tome.

RENÉ. ¿Dónde ha comprado esta gabardina, messie?

ADÁN. ¿Le gusta?

RENÉ. Es horrible. Me produce vergüenza ajena verle con ese estropajo puesto.

ADÁN. ¿Entonces para qué quiere saber dónde la he comprado?

RENÉ. Para no ir nunca a esa tienda, messie.

ADÁN. No sé qué tiene de malo mi gabardina.

RENÉ. Que sería mejor echarla directamente a la caldera.

ADÁN. De momento déjela en el ropero.

RENÉ tira la gabardina y el sombrero a un lateral en el suelo.

ADÁN. ¿Se puede saber qué hace?

RENÉ. No se preocupe, messie. En el Jardín del Edén verá como cuidamos todas las cosas hasta el más pequeño detalle. Ahoga que me fijo tiene una manchita de polvo en la cara. Se lo quitaré con el plumero.

ADÁN. ¡Quíteme el plumero de encima! No es una mota de polvo sino un antojo de nacimiento.

RENÉ. Pues vaya antojos más raros que tiene usted, messie. Aquí podrá satisfacer todos los que quiera con nuestras chicas.

ADÁN. (*Mirando a todos lados*) ¡Baje la voz, por favor!

RENÉ. Si no hay nadie en nuestro local... Olvide lo que he dicho ¡Todo el mundo viene a nuestro local, messie! ¡De hecho estamos llenos! ¡Es un gran afortunado! ¡Tenemos justamente libre una mesa para un solitario! ¡Todas las demás están ocupadas! ¡Nos desbordan los clientes! ¿No escucha el jaleo?

Silencio.

ADÁN. Pues no, no oigo nada.

RENÉ. Debe estar sordo, messie, porque ha venido una convención entera de mudos.

ADÁN. Ya veo.

RENÉ. Con el estruendo que están montando...

ADÁN. De todos modos no quiero que nadie sepa que estoy aquí.

RENÉ. No se preocupe. Aquí todos vienen a hacer lo mismo.

ADÁN. Ya sé qué hace la gente en estos sitios pero me gusta ser discreto.

RENÉ. La discreción es nuestra mejor tarjeta de presentación. (*Hace sonar una estruendosa campana*) ¡Un cliente!

ADÁN. ¿Qué hace? Estese quieto.

RENÉ. ¡Chicas! ¡Tenemos un cliente!

ADÁN. ¡Deje de hacer sonar eso!

RENÉ. ¡Por fin tenemos un nuevo cliente!

ADÁN. Yo me marchó... yo me marchó. Ahora mismo cojo mi horrible gabardina y me voy de aquí.

RENÉ. (*Deja la campana*) ¿Por qué se altera, messie?

ADÁN. Quiero pasar desapercibido y usted hace sonar ese cencerro gritando a los cuatro vientos que he venido.

RENÉ. Solamente aviso a las chicas.

ADÁN. (*Muy nervioso*) ¿Quién... quién le ha dicho que quiera estar con las chicas?

RENÉ. (*Se acerca sensualmente a ADÁN*) ¿Entonces prefiere un chico? Nadie lo diría viendo sus pintas de mosquito muerto, mon amour. Yo también entro en el menú para quién lo desee. (*Provocativamente*) Tengo un maravilloso don para la conversación, sobretodo "on français".

ADÁN. ¿Me ha visto cara de que me guste comer con hombres?

RENÉ. (*Altivo*) ¿Y a mí de que me guste comer con clientes? ¡Usted se lo pierde, señorito!

ADÁN. (*Coge su gabardina*) Ay, Dios. Sabía que no debería haber venido aquí... Mire, ha sido un disgusto conocerle. Creo que lo mejor será que me marche.

RENÉ. Oh no, messie. Usted no va a ir a ningún lado. Usted es un hombre como tantos otros que solamente busca un poco de compañía y comprensión en nuestras señoritas. Un lobo solitario que busca desesperadamente alguien con quien hablar, y por qué no el amor de su vida.

ADÁN. ¿Qué dice? Yo solamente estaba paseando por la zona y he decidido entrar para ver qué era esto.

RENÉ. Estamos en medio del campo.

ADÁN. ¿No puedo pasear por el campo?

RENÉ. ¿A las once de la noche?

ADÁN. Me gusta ver las estrellas.

RENÉ. ¿Bajo una lluvia torrencial?

ADÁN. ¿No sabe usted disfrutar de la naturaleza? No me extraña que haya terminado en un sitio así.

RENÉ. Es usted un hombre muy raro. Se ve en su modo de vestir.

ADÁN. ¿Y usted qué es?

RENÉ. Dejémonos de charlas y vayamos a lo que nos importa. Le abriré una cuenta.

RENÉ se sitúa tras un pequeño y viejo atril de recepción.

ADÁN. No quiero que me abra una cuenta.

RENÉ. Mi intuición me dice que va a convertirse en un fiel cliente. Y tengo buena intuición.

ADÁN. ¿Siempre?

RENÉ. Menos cuando falla. ¿Cómo se llama?

ADÁN. ¿Para qué quiere saber mi nombre? Pensaba que en estos sitios todo era confidencial.

RENÉ. Tengo que rellenar su carné de socio.

ADÁN. ¡No quiero ningún carné de socio ni pertenecer a ningún club de este tipo!

RENÉ. ¿Sabe que desde el momento en que entró por esa puerta ya es socio vitalicio de nuestro local?

ADÁN. Solamente he venido para conocer este sitio. Nada más.

RENÉ. Además si se hace socio antes de treinta segundos le regalaremos un magnífico reloj de pulsera sin manecillas valorado en nada. Solo un imbécil dejaría pasar una oportunidad así.

ADÁN. ¿Y si lo fuera?

RENÉ. Desde luego, con mi más sincero respeto hacia su persona y su integridad moral como ser humano, usted tiene cara de idiota. Eso se ve en su modo de vestir. Y no malinterprete todo esto que le he dicho.

ADÁN. Yo tampoco diría al verle que usted fuera capaz de llevar un negocio.

RENÉ. ¿No cree que se está pasando? En ningún momento le he faltado el respeto.

ADÁN. Adiós y malas noches.

RENÉ. ¡Un momento, messie ! No rompamos nuestra bella amistad por una tontería así. Olvidemos lo sucedido y dígame su nombre. Tengo prisa. ¿No oye como me llaman los mudos?

ADÁN. (*Resignado*) Me llamo... X. Señor X.

RENÉ. ¡Qué casualidad! ¿Sabía usted que todos nuestros socios vitalicios se llaman igual que usted? De hecho usted son todos nuestros socios vitalicios. Creo que deben ser de su mismo pueblo. ¿Es usted de su mismo pueblo, messie?

ADÁN. Posiblemente yo sea de allí mismo, sí. Es un nombre muy popular en la comarca.

RENÉ. ¿De que pueblo es usted?
ADÁN. Pues de... Villa X de la Y. ¿Lo conoce?
RENÉ. No, no lo conozco. ¿Dónde está?
ADÁN. Entre W y Z. ¿Se sitúa ahora?
RENÉ. ¡Claro que sí! Una año estuve de vacaciones en Z. Es un lugar precioso.
ADÁN. Pero refresca mucho por las noches.
RENÉ. Es lo malo. Tome, messie X. Aquí tiene su nuevo carné de socio. Desde este mismo instante puede disfrutar de todos los privilegios que conlleva la posesión de esa tarjeta.
ADÁN. ¿Cómo cuales?
RENÉ. A efectos prácticos ninguno.
ADÁN. ¿Entonces para qué quiero esta tarjeta?
RENÉ. ¿Le parece poco presumir ante sus amistades de poseerla?
ADÁN. No creo que pueda presumir de buscar desesperadamente conversaciones interesantes con mujeres.
RENÉ. Hablando de mujeres debe abonarme ahora el servicio, messie.
ADÁN. ¿Y si no quiero estar con ninguna mujer?
RENÉ. Ya le estoy dando bastante conversación yo y sin cobrarle nada.
ADÁN. (*Farfullando, saca la cartera*) Está bien, está bien. ¿Cuánto es?
RENÉ. Cien.
ADÁN. El cartel reza cincuenta.
RENÉ. Es antiguo.
ADÁN. Con fecha de esta noche.
RENÉ. ¿Es consciente de la rapidez a la que está subiendo el precio de la vida? Estamos en época de recesión.
RENÉ. ¿No vivimos una inflación?
ADÁN. Más quisiera usted.
RENÉ. (*Llevándose las manos a la cabeza*) ¡Ahora sí que estoy en números rojos! Bueno, bueno, no haga caso de lo que he dicho. (*Forzando la sonrisa*) No he dicho nada. ¿Qué importa cómo esté la economía? Son cien. Lo toma o lo deja.
ADÁN. (*Volviéndose*) Lo dejo.
RENÉ. Está bien, son cincuenta.
ADÁN. (*Da el dinero*) Aquí tiene. Espero que merezca la pena.
RENÉ. Por supuesto que sí, messie X. Claro que merece la pena. Nuestras chicas son auténticas profesionales. No quedará defraudado con ninguna. Acompáñeme a la mesa si es tan desagradable.

RENÉ se dirige hacia la mesa y la limpia con el plumero. ADÁN lo sigue con cierta desconfianza.

RENÉ. Antes debo limpiar bien las sillas. Comprobará que aquí cuidamos hasta el último detalle, messie, ya se dará cuenta de ello. Ya está. Siéntese. Póngase incómodo.
ADÁN. (*Sentándose*) ¡Uy! ¡Ay! ¡Vaya! Mis costillas...
RENÉ. ¿Sucede algo?
ADÁN. Esta silla está demasiado mullida. Es algo cómoda para mi espalda.
RENÉ. ¿Lo dice en serio? Lo siento muchísimo, messie. Puedo traerle una silla más incómoda.
ADÁN. Haga el favor.
RENÉ. Siéntese en esta. Ya verá como se encuentra más incómodo.
ADÁN. ¡Ahhh! El respaldo se está clavando en mis costillas... Esto es otra cosa.

RENÉ. ¿Peor?

ADÁN. Muchísimo. Creo que si me quedara un buen rato aquí terminaría con una lesión medular grave.

RENÉ. Nosotros solamente queremos la mayor incomodidad para nuestros clientes. También puedo buscarle una mesa más cercana a los servicios o a la cocina. De hecho tenemos una mesa en los servicios.

ADÁN. No, gracias. Esta mesa ya está lo suficientemente mal situada.

RENÉ. Me alegro que esté tan poco conforme. En seguida tomo nota de lo que desea.

ADÁN. ¿Está permitido fumar aquí?

RENÉ. ¡¿Fumar?! (*Enfurecido*) ¡Siempre y cuando no haga humo, señorito!

ADÁN. Maldita ley antihumo...

RENÉ saca una balleta y limpia la mesas y las sillas.

ADÁN. ¿Por qué limpia otra vez?

RENÉ. No querrá que tome nota con estas sillas tan sucias, ¿no?

ADÁN. No me importa.

RENÉ. Aquí concedemos capital importancia a la limpieza y la presentación.

ADÁN. Creo que su camisa está manchada de café.

RENÉ. Ni que eso fuera algo importante. Ya está. ¿Qué buscaba, messie X? ¿Algo en concreto?

ADÁN. No. Tampoco busco nada especial. Una mujer de cuarenta y tres años, un metro ochenta y cinco de estatura, pelo rubio, largo, rizado, sedoso, ojos grandes sin ser desproporcionados, azules y cristalinos, labios rojos y carnosos, tez ligeramente aceitunada, esbelta, bonitos senos, trasero redondeado, piernas largas y estilizadas, sin hijos ni ataduras, buena conversadora, inteligente, simpática, alegre, sensual, cariñosa, sana en todos los sentidos, amante del arte y la naturaleza, marxista a ser posible también leninista, que le gusten los gatos persas y se sienta sexualmente atraída por los obreros.

RENÉ. Tenemos un mujer exactamente igual a la que busca, messie X. El único problema es que le gustan los gatos siameses.

ADÁN. Creo que nunca encontraré a la mujer perfecta...

RENÉ. Le recomiendo las señoritas del día.

ADÁN. ¿Y cuáles son?

RENÉ. De primero a elegir entre una licenciada en derecho y económicas o una diplomada en ciencias políticas.

ADÁN. ¿No tiene algo más suave?

RENÉ. No, messie.

ADÁN. No tengo tanto estómago para soportar una comida así.

RENÉ. Quizás le interesen más los segundos.

ADÁN. ¿Qué hay?

RENÉ. Una yuppie broker y una cineasta independiente novel.

ADÁN. ¿Qué lleva la joven broker?

RENÉ. Un crujiente máster en Harvard y una mención especial en Yale recubierta con una espesa capa de esnobismo.

ADÁN. Tiene pinta de ser demasiado empalagosa.

RENÉ. También podría elegir la cineasta.

ADÁN. ¿De qué está hecha?

RENÉ. De auténtico aburrimiento relleno de pedantería.

ADÁN. Vaya, justo lo que el psicólogo me tiene prohibido.

RENÉ. El menú no incluye comida ni consumiciones. ¿Tiene ya decidido lo que va a querer?

ADÁN. Aún estoy indeciso. No me atraen mucho las comensales del día. No es bueno abusar de la universitarias. Tienen unas conversaciones muy pesadas y luego se repiten durante toda la tarde. Dan mucha acidez. ¿Hay alguna que no posea un título universitario?

RENÉ. Una joven parada.

ADÁN. Tiene muy buena pinta. ¿Podría traérmela?

RENÉ. No puedo asegurarle que venga, messie. Desde que está con nosotros sigue sin moverse de su sitio.

ADÁN. Vaya... No sé si comer con alguna, de verdad.

RENÉ. Usted busca algo especial, messie. Le traeré la mejor comensal de la casa. Una auténtica joya. No quedará defraudado.

ADÁN. ¿Cómo es?

RENÉ. Confíe en mí.

ADÁN. Está empezando a asustarme.

RENÉ. No se preocupe, messie X. Yo sé lo que desea. Hágame caso. Es una comensal a su medida. El orgullo de esta casa. Únicamente disponible para los socios vitalicios.

ADÁN. Es un honor...

RENÉ sale.

ADÁN. Espero que merezca la pena...

El SR. DIOSDADO, un hombre trajeado, entra rápidamente.

SR. DIOSDADO (*Haciendo sonar la campana*) ¡René! ¡René!

ADÁN. (*Mirándole*) ¡El Señor Diosdado! ¿Qué hará aquí ese pequeño imitador de Hitler?

SR. DIOSDADO. ¡René! ¿Dónde te has metido? ¡René!

ADÁN. Tengo que irme antes de que me vea. No me quiero imaginar lo que podría pasar. A dos días de la negociación del convenio colectivo esto sería una bomba.

SR. DIOSDADO. ¡René! ¿Dónde se habrá metido este francés?

El SR. DIOSDADO va hacia la mesa.

ADÁN. ¡No! Viene hacia aquí. ¿Dónde está mi ropa? ¿Dónde está?

ADÁN intenta coger su ropa pero el SR. DIOSDADO llega hasta él. ADÁN se gira para que no vea su rostro. Sin embargo, recibe un beso en la cabeza.

SR. DIOSDADO. Buenas noches, mi querida geisha.

El SR. DIOSDADO se sienta. ADÁN coge el enorme abanico que hay colgado del biombo.

SR. DIOSDADO. A ver si viene este afrancesado de una maldita vez. Tiene el negocio cada vez más descuidado. No me extraña que esté viniéndose abajo. Debería darle lecciones sobre como llevar una empresa. ¿Qué haces con ese abanico?

ADÁN. (*Imitando voz de mujer*) ¿Te gusta? Lo compré esta tarde.
SR. DIOSDADO. No te favorece.
ADÁN. ¿Y tú que sabrás qué me favorece? Además creo que iré a descambiarlo porque no abanica nada y...
SR. DIOSDADO. ¡No me calientes más la cabeza, por favor!
ADÁN. ¿Quieres que te abanique la cabeza?
SR. DIOSDADO. ¡No!
ADÁN. Cada día estás más asqueroso.
SR. DIOSDADO. Déjame en paz. Bastante tengo ya con la desquiciada de mi mujer. Está loca. ¡Cómo una regadera! Ha vuelto a montarme el drama de los sábados por la noche. ¡Y todo por marcharme de casa dejándola sola con los niños! ¿Tú lo ves normal? Mujeres... No hay quién consiga comprenderos.
ADÁN. Nos enfadamos por cualquier tontería. ¿Qué le vamos a hacer?
SR. DIOSDADO. Sería capaz de firmar el convenio colectivo con tal de comprenderos.
ADÁN. ¿De verdad? Realmente no somos tan complicadas...
SR. DIOSDADO. Antes estoy bajo tierra...Ay querida mía, esta noche estoy muy necesitado de afecto y cariño. He vuelto a perder al golf. Estoy empezando a preocuparme. Nunca he conseguido ganar una partida pero no quiero que deprimirme hablando de cosas tan penosas, mi pequeña geisha. Coge mi mano mientras hablamos sobre mi trabajo.

Va a coger la mano de ADÁN pero éste la retira.

SR. DIOSDADO. ¿Qué te sucede? Siempre hablamos sobre mi empresa, ¿no? Está bien, no quiero ser injusto contigo. Hablaremos sobre mí mismo, ¿te parece bien? Dame tu mano, querida.
ADÁN. No. No me cojas de la mano.
SR. DIOSDADO. ¿Por qué, mi amado angelito?
ADÁN. Porque no me he afeitado.
SR. DIOSDADO. Si las manos fueran lo único que no te afeitas...
ADÁN. Eres un grosero. ¡Siempre pensando en las axilas!
SR. DIOSDADO. ¡Sabes que siento una irremediable debilidad por ellas! Mujeres... Os dicen un cumplido y ponéis el grito en el cielo. No seas arisca, mujer, y dame tu mano. Necesito calor humano.
ADÁN. No. Además no estoy bien. Creo que tengo una enfermedad de transmisión sexual.
SR. DIOSDADO. (*Muy asustado*) ¿Qué te pasa?
ADÁN. Quizás sea portadora de la viruela.
SR. DIOSDADO. (*Respira aliviado*) Vaya, me habías asustado, querida.
ADÁN. Tengo los brazos llenos de llagas y pus.
SR. DIOSDADO. Yo veo tus brazos bien. Llenos de pelos, como siempre.
ADÁN. Eso es que me queda poco tiempo de vida.
SR. DIOSDADO. No anticipes hechos. Quizás solamente te ha llegado la menstruación.
ADÁN. No. Ya me vino el año pasado.
SR. DIOSDADO. ¿Y desde cuando estás así?
ADÁN. Desde que has llegado. Me provocas sarpullidos.
SR. DIOSDADO. Ahora que lo pienso... ¿No estaba erradicada la viruela?
ADÁN. Eso pensaba yo también.
SR. DIOSDADO. Ya tendrás por ahí alguna pastilla de esas que tomas. Aspirinas y esas cosas raras. Seguro que te hace algo.

ADÁN. Ya se me pasará. Estos virus de hoy en día son así.

SR. DIOSDADO. Me conozco bien el cuento. Un día te encuentras mal pero al siguiente estás como un lince. A todos mis empleados les sucede. Que si tengo lumbalgia, que si me han detectado un cáncer, que si me he quedado tetrapléjico... Ese rebaño de vagos aprovecha cualquier tontería para darse de baja. ¿Sabes que este año ha aumentado el absentismo laboral de mi empresa en un mil por cien?

ADÁN. Tu has sido el primero en ausentarse del trabajo.

SR. DIOSDADO. Lo hago por el bien de la empresa. ¡Y dejemos de hablar del trabajo! ¿Dónde se habrá metido ese maldito francés? No perdamos tiempo. ¿Qué vas a tomar, mi pequeña geisha?

ADÁN. Pues... ¿Lo mismo de siempre? Para cambiar un poco.

SR. DIOSDADO. ¿Quedará alcohol para las heridas?

ADÁN. ¡Uy! No me apetece tomar de eso. Esta noche no tengo el estómago muy católico.

SR. DIOSDADO. Eso te pasa por ser protestante.

ADÁN. ¿Tú crees? ¿Y desde cuando soy protestante?

SR. DIOSDADO. Desde que te convertiste del judaísmo.

ADÁN. No sé qué pasaría por mi cabeza aquella noche. Hice muchas tonterías.

SR. DIOSDADO. No te preocupes por ser protestante. Yo te querré siempre igual mientras no protestes.

ADÁN. Tomaré agua del grifo.

SR. DIOSDADO. ¿Crees que soy de oro? ¿Sabes que eres un vicio bastante caro de mantener, muñeca? Tendré que empezar a incluir tus extravagancias en los presupuestos de la empresa.

ADÁN. No merezco tanto. Prefiero que subas el sueldo a tus empleados.

SR. DIOSDADO. Justo ahora que iba a recortar más presupuestos. He estado echando cuentas. Ha sido duro pero si quiero comprarme el Aston Martin tengo que dejar de abonar la paga de beneficios a mis empleados. ¿Te parece bien?

ADÁN. Antes tampoco la pagabas.

SR. DIOSDADO. Pues no pagaré los días de baja.

ADÁN. Nunca los has pagado.

SR. DIOSDADO. Entonces les quitaré los pluses de productividad.

ADÁN. ¿Eso existe?

SR. DIOSDADO. Mi pequeña geisha, ¿te encuentras bien? Estás hablando como una sindicalista. Quizás estés empeorando de tu enfermedad.

ADÁN. Creo que deberías subir los sueldos a tus trabajadores y abonarles todas las mensualidades que les debes. Yo me conformo con muy poco.

SR. DIOSDADO. Tu ya tienes bastante con los bolsos de cocodrilo.

ADÁN. Son de imitación.

SR. DIOSDADO. Pero son buenas imitaciones, ¿no?. El asunto es que necesito recortar gastos. No puedo tener tantos gastos superfluos. He estado pensando en eliminar los departamentos de limpieza, seguridad, mantenimiento, producción, distribución, contabilidad u junta directiva. ¿Crees que sin ningún esfuerzo podría llevar la factoría yo solo?

ADÁN. ¡El sindicato se te echaría encima!

SR. DIOSDADO. ¡El sindicato me da lo mismo! Los echaré los primeros.

ADÁN. Sabes que son muy poderosos. No podrás con ellos.

SR. DIOSDADO. Son unos fracasados, sobretodo ese asqueroso de Adán. Llevo mucho tiempo detrás de esa sanguijuela. ¿Quién se creerá que es esa maldita rata sindicalista para exigir los derechos de nadie? ¡Yo que me desvivo por ellos! Día y noche llevando

la empresa desde el yate... ¡Y así me lo agradecen! Si lo tuviera delante mía le retorcería el cuello como a un pato. Le destrozaría como esta servilleta (*Intenta romperla*) ¡Agh! (*La tira. Se altera cada vez más*) Me pongo enfermo solo con pensar en la negociación del lunes. Intentarán chuparme la poca sangre que me queda como hacen siempre. Mañana mismo envío a los chicos a su casa para que le partan algunas costillas. ¡Y por favor retírate ese maldito abanico para que pueda verte la cara! ¡Estás poniéndome nervioso!

El SR. DIOSDADO trata de retirárselo. El abanico cae al suelo y Adán se tapa rápidamente la cabeza. Coge el tronco del Brasil y lo coloca sobre la mesa.

ADÁN. ¡Bruto!

SR. DIOSDADO. ¿Qué haces con ese tronco?

ADÁN. Dar un poco de colorido a nuestro encuentro.

SR. DIOSDADO. Está ocupando toda la mesa. Ahora sí que no puedo verte.

ADÁN. Es decoración zen. Equilibra y purifica a la mesa de malas vibraciones patronales.

SR. DIOSDADO. ¿Qué es esa tontería?

ADÁN. No es ninguna tontería, ignorante. ¿No has oído hablar de los bonsáis gigantes?

SR. DIOSDADO. Pues no, nunca.

ADÁN. Me alegra saber que no soy el único que no ha oído hablar de ellos.

SR. DIOSDADO. Y yo no entiendo por qué colocas ahora este tronco entre nosotros.

ADÁN. Los hombres sois tan poco detallistas...

SR. DIOSDADO. No es eso, mi pequeña geisha. El lunes haré que envíen a tu casa un ramillete de troncos de estos.

ADÁN. Eso me haría tan desdichada...

SR. DIOSDADO. ¿Ves como en el fondo soy un romántico?

ADÁN. (*Hace un ademán de levantarse*) Por cierto tengo que irme.

SR. DIOSDADO. ¿Dónde vas con tanta prisa?

ADÁN. Al servicio.

SR. DIOSDADO. No tardes mucho. Quiero contarte mi último desfalco a Hacienda. Es una anécdota muy divertida.

ADÁN. Si en quince minutos no he vuelto sigue esperándome.

SR. DIOSDADO. ¿Qué vas a hacer?

ADÁN. Desempolvarme la nariz.

SR. DIOSDADO. ¿Y eso?

ADÁN. Acabo de estar con un cliente viejo.

SR. DIOSDADO. Está bien. Aquí te esperaré.

ADÁN. Quizás no vuelva.

SR. DIOSDADO. ¿Tanto vas a tardar?

ADÁN. No imaginas lo viejo que era.

SR. DIOSDADO. Eres una exagerada.

ADÁN. Lo han traído en naftalina.

SR. DIOSDADO. ¿No habrá intentado propasarse contigo no? No me fío de los hombres en naftalina.

ADÁN. Era un señor bastante reservado. Ha estado todo el rato sentado sin moverse.

Luego se lo han llevado unos señores taxidermistas. No debía encontrarse bien. (*Levantándose*) Bueno, me marchó. Hasta nunca.

SR. DIOSDADO. (*Levantándose*) Un momento querida, ¿te encuentras bien?

El SR. DIOSDADO coge del brazo a ADÁN, que intenta ocultar su rostro.

ADÁN. Cla... claro que sí. ¿Por... por qué me coges del brazo?

SR. DIOSDADO. Tienes mala cara.

ADÁN. ¿Y... y eso? ¿Qué... qué me pasa?

SR. DIOSDADO. Te pareces al líder sindicalista de mi empresa.

ADÁN. Debe ser la viruela. Además, tú tampoco tienes buena cara.

SR. DIOSDADO. ¡¿Qué me pasa?!

ADÁN. Te pareces a ti mismo.

SR. DIOSDADO. ¿En serio? Me estás preocupando... ¿Tienes alguna pastillas para esto?

ADÁN. No. Además creo que no tiene remedio.

SR. DIOSDADO. Estás asustándome...

ADÁN. No quiero preocuparte pero tienes que ir a un médico urgentemente.

SR. DIOSDADO. ¿Y qué podrán decirme?

ADÁN. No sé, pero haz que te vean porque desde luego no es algo normal.

SR. DIOSDADO. Ay Dios... ¡Adán!

ADÁN. ¡Señor Diosdado!

SR. DIOSDADO. ¿Qué hace usted aquí?

ADÁN. ¿Yo? Nada. ¿Y usted?

SR. DIOSDADO. Nada. Tampoco nada.

ADÁN. ¡Qué bien!, ¿no?

SR. DIOSDADO. ¿El qué?

ADÁN. Eso. No estar haciendo nada.

SR. DIOSDADO. Sí. Es maravilloso.

Silencio.

ADÁN. Es la primera vez que vengo a este sitio.

SR. DIOSDADO. Yo también. En lo que llevamos de día.

ADÁN. Hace una noche un poco desapacible, ¿no le parece?

SR. DIOSDADO. Sí. Todas las noches de invierno suelen ser así.

ADÁN. ¡Qué bien!, ¿no?

SR. DIOSDADO. ¿El qué?

ADÁN. Que todas las noches sean desapacibles.

SR. DIOSDADO. Sí. Es maravilloso.

Silencio.

SR. DIOSDADO. ¿Y qué tal van las cosas por el sindicato?

ADÁN. Bien. Como siempre. Sindicando... Poquita cosa.

SR. DIOSDADO. Me alegro.

ADÁN. ¿Y cómo va todo por la junta directiva?

SR. DIOSDADO. Bien. Como siempre. Dirigiendo... Poquita cosa.

ADÁN. Me alegro. (*Silencio*) El lunes negociamos nuevo convenio colectivo.

SR. DIOSDADO. Es verdad. Lo olvidaba.

ADÁN. Pues el lunes nos veremos.

SR. DIOSDADO. Y ya negociamos, sí.

ADÁN. Qué bien, ¿no?

SR. DIOSDADO. ¿El qué?
ADÁN. Negociar convenios colectivos.
SR. DIOSDADO. Sí, es maravilloso.
ADÁN. (*Mirando el reloj*) Pues ya es tarde. Creo que tomaré la última y para casa.
SR. DIOSDADO. Yo estoy esperando a unos socios japoneses. Tomaremos unos vinos.
Luego quizás abramos nuevos mercados internacionales.
ADÁN. Yo también he quedado aquí con unos piquetes. Insultaremos a unos esquirolas.
Luego quizás cerremos el local.
SR. DIOSDADO. Los del sindicato sí que sabéis como pasároslo bien... No estará usted
espiándome, ¿no?
ADÁN. ¿Y usted?
SR. DIOSDADO. Si le dijera qué hago aquí no me creería.
ADÁN. Lleva razón. No le creo.
SR. DIOSDADO. Aún no le dicho por qué estoy aquí.
ADÁN. Fíjese si su respuesta suena a poco creíble que no la creo antes de escucharla.
SR. DIOSDADO. ¿Me cree ahora?
ADÁN. ¿Qué debo creerle?
SR. DIOSDADO. Que no me creería.
ADÁN. Lleva usted razón. Ahora sí que le creo.
SR. DIOSDADO. ¿En qué cree usted?
ADÁN. En lo que acaba de decir.
SR. DIOSDADO. No le creo.
ADÁN. ¿Usted qué cree?
SR. DIOSDADO. Que debería creerle.
ADÁN. Y sin embargo no creo en lo que dice.
SR. DIOSDADO. Hay que ser demasiado incrédulo.
ADÁN. Y usted que se lo tiene demasiado creído.
SR. DIOSDADO. Yo también creo lo mismo.
ADÁN. ¿Entonces estamos de acuerdo?
SR. DIOSDADO. Eso creo.

Entra RENÉ.

RENÉ. ¡Bon soir, messie Diosdado! ¡Ya nos extrañábamos de que no apareciera usted
por aquí esta noche!
SR. DIOSDADO. ¡Y yo de que no aparecieras tú! ¿Han llegado ya mis colegas chinos?
ADÁN. ¿No eran japoneses?
SR. DIOSDADO. Si traen dinero da igual de donde sean.
RENÉ. ¡Oh, messie! ¡Nos ha copiado el eslogan! Por cierto, lleva una chaqueta horrible.
¿Dónde la ha comprado?
SR. DIOSDADO. ¿Han venido ya los coreanos o no, René?
RENÉ. No sé de que me está hablando, messie. Lo que si han venido han sido unas
nuevas jovencitas que seguro le quitarán el hipo.
ADÁN. (*Incómodo*) Necesito ir al servicio. ¿Dónde está?
RENÉ. Tiene que ir al final del local. Allí verá un pasillo que gira a la derecha y
entonces se encontrará con dos puertas. Una a la izquierda y otra a la derecha. A la
derecha no se le ocurra entrar porque es la cocina. A la izquierda tampoco porque es
donde se encuentran las chicas. De todos modos encontrará un cartel en que ponga
reservado, prohibida la entrada. Ahí no es. Tiene que seguir hacia delante coger a la
izquierda. Allí verá unas escaleras que bajan. No se le ocurra subirlas porque no van a

ningún lado. Cuando llegue al piso de abajo verá un pasillo y en el pasillo verá cinco puertas. Dos a la izquierda y tres a la derecha. Ignore las de la izquierda tiene que ir a las de la derecha.

ADÁN. ¿En qué puerta?

RENÉ. ¡Ya me ha desorientado, messie X! Tendré que explicárselo desde el principio.

ADÁN. Solamente quiero saber donde está el servicio.

RENÉ. Vaya por allí y pregunte.

ADÁN. ¿A quién?

RENÉ. ¿A mí que me pregunta? ¡No sé a quién se va a encontrar!

ADÁN. Muy amable, René.

RENÉ. No tiene pérdida.

ADÁN. Muchas gracias.

RENÉ. De nada, messie X.

ADÁN sale. RENÉ le mira irse.

RENÉ. ¡Qué desagradable que es el señorito este! Ya estoy con usted, messie Diosdado, nuestro mejor cliente.

SR. DIOSDADO. ¿Por qué le has dado mi mesa a esa cucaracha bolchevique?

RENÉ. Pensaba que ya no vendría usted, messie.

SR. DIOSDADO. Sabes que desde que abrió este negocio hace cinco años no he faltado ni un solo sábado a este restaurante. ¡Es indignante el trato que he recibido esta noche!

RENÉ. ¡Lo sé, lo sé! Pero compréndame. Estoy pasando por el peor momento de mi vida. Apenas tenemos clientes. Ni siquiera la idea de traer nuevas chicas ha funcionado. Para un cliente nuevo que viene tendré que ofrecerle el mejor trato posible.

SR. DIOSDADO. ¡Yo soy el único que mantiene este negocio! ¡Sin mí esta porquería de restaurante en medio de la nada se habría ido al traste la misma noche en que lo abriste!

RENÉ. Lleva razón, messie. Pero el señor X vino y usted no estaba...

SR. DIOSDADO. ¿Qué señor X ni qué sindicalista muerto? ¡Ese desgraciado se llama Adán! ¡Es líder sindicalista y mi peor enemigo!

RENÉ. ¿Y yo qué sabía, messie? No es fácil adivinar cuando una persona es sindicalista.

SR. DIOSDADO. ¡Lo llevan escrito en la cara! Quiero que te deshagas de él.

RENÉ. Puedo ponerles en mesas separadas, messie.

SR. DIOSDADO. ¡Lo quiero fuera!

RENÉ. ¡No puedo echarle! Es un cliente. Ha pagado.

SR. DIOSDADO. Pagaré el doble de lo que ha abonado.

RENÉ. Pero ya es socio vitalicio del Jardín del Edén. ¡Tiene los mismos derechos que usted!

SR. DIOSDADO. ¡Agh, Dios! ¡Está bien, está bien! Solamente quiero poder relajarme un poco después de todo este desagradable incidente con esta desagradable persona.

¿Dónde está mi Ansiolítica?

RENÉ. Citada con ese hombre.

SR. DIOSDADO. ¡¿Cómo?! ¡Mi amada con ese sindicalista! ¡Lo que me faltaba por ver en esta vida! ¡Esto es lo que me faltaba! ¡Un rojo cenando con mi amante! ¡Un líder sindicalista charlando con mi amada! ¡Es denigrante! ¡¡¡Denigrante!!! ¡Yo me marchó de aquí y que se hunda tu negocio! ¡Una bella persona como yo no merece la humillación que estoy sufriendo esta noche!

RENÉ. Messie Diosdado, no me haga esto. Yo no sabía nada y el sindicalista parece un hombre exigente.

SR. DIOSDADO. ¡Como que es sindicalista!

RENÉ. ¡Disculpe el error! Le recompensaré del mejor modo posible. Podrá charlar con todas las chicas que quiera gratis durante diez minutos.

SR. DIOSDADO. ¡No es eso, René! ¡Puedo pagarme la mujer que quiera! ¡Es una cuestión de principios! ¡Si esa rata se confía empezará a pedir más y más! ¡Un sindicalista es insaciable! Primero cena con mi amante. Luego querrá que dé paga de navidad a los trabajadores y finalmente terminará acostándose con mis hijos. ¿No lo ves tan claro como yo, René?

RENÉ. Lleva usted toda la razón del mundo, messie.

SR. DIOSDADO. ¡Ponme en alguna mesa cercana a ellos! ¡Quiero espiar todo lo que dicen y hacen!

RENÉ. Por supuesto que sí, messie.

Suena un teléfono de pared cercano a ellos.

SR. DIOSDADO. ¡Seguro que es el sindicalista! Si intenta meterte en la cabeza ideas peligrosas cuélgale.

RENÉ. (*Descuelga*) ¡Bon Soir! Jardín del Edén, al habla René. ¿Qué desea?... (*Tapando el auricular*) ¡Messie Diosdado! ¡Su mujer al teléfono!

SR. DIOSDADO. ¿Por quién pregunta?

RENÉ. Por usted. Quiere que se ponga, inmediatamente.

SR. DIOSDADO. Dígale que estoy cenando con una mujer más interesante que ella.

RENÉ. ¡Oh, mon dieu! ¡No puedo decir eso a una señorita, messie!

SR. DIOSDADO. Yo tampoco podría pero mi esposa no es una señorita.

RENÉ. ¿Y qué digo a madame Carmina?

SR. DIOSDADO. Nada.

RENÉ. Pero yo soy un caballero.

SR. DIOSDADO. Di que no estoy aquí.

RENÉ. ¡Eso no lo creería, messie! Está convencida de que usted está aquí.

SR. DIOSDADO. Trae el teléfono. Se lo diré yo mismo.

RENÉ. Entonces sí que sabrá que está usted aquí.

SR. DIOSDADO. Pero quizás la desconcierte.

RENÉ. Una respuesta muy inteligente, messie. Tome el teléfono.

SR. DIOSDADO. (*Al aparato*) ¡Hola, cariño! Ya te habrá dicho René que no estoy aquí, ¿verdad? Y ahora si eres tan amable no vuelvas a llamarme a un sitio donde no me encuentro. (*Escucha*) Quiere hablar contigo.

RENÉ. ¿Conmigo? Oh, no... (*Lo coge*) Al habla René. Jardín del Edén, ¿en qué puedo ayudarle?... Sí, madame. De acuerdo, madame. Como usted diga, madame.

RENÉ cuelga.

SR. DIOSDADO. ¿Qué te ha dicho?

RENÉ. Que si tenía alguna noticia de usted le avisara por teléfono.

SR. DIOSDADO. ¿Qué crees que ha querido decir con eso?

RENÉ. Yo creo que le ha descubierto.

SR. DIOSDADO. Mi mujer es muy poco despierta para estas cosas.

ADÁN vuelve.

RENÉ. ¿Encontró el servicio sin problemas?

ADÁN. No.

RENÉ. Pues ya no sé cómo explicárselo mejor.

ADÁN. No importa. Ya lo encontraré algún día.

SR. DIOSDADO. (*Mirando de reojo a ADÁN*) En fin. Yo me marcho ya. Los vietnamitas deben estar esperándome. Que tenga una buena noche y una agradable cena, señorito Adán.

ADÁN. (*Extrañado*) Gracias. Igualmente. Dele recuerdos de mi parte a sus "socios" orientales.

Entra ANSIOLÍTICA, una joven vestida de un modo estrafalario y provocador que apenas puede sostenerse sobre sus enormes tacones de aguja.

ANSIOLÍTICA. ¡Gruñoncito! ¡Por fin has llegado, querido Gruñoncito! Estábamos esperándote.

SR. DIOSDADO. Creo que se ha equivocado de hombre, señorita.

ANSIOLÍTICA. Qué cosas tiene mi pequeño Gruñoncito.

SR. DIOSDADO. Yo solamente venía a ver a mis amigos camboyanos.

ANSIOLÍTICA. Me encanta tu humor de alcohólico.

SR. DIOSDADO. (*En voz baja*) No me llames por mi mote cariñoso delante del enemigo. Ten cuidado con este tipejo. Ándate con mucho ojo, querida. Con mucho ojo.

ANSIOLÍTICA. Ni que tuviera la viruela.

SR. DIOSDADO. Además de eso es sindicalista.

ANSIOLÍTICA. No te preocupes, Gruñoncito. Sé cuidar de mí misma. ¡Ahhh!

SR. DIOSDADO. ¿Qué te pasa, querida?

ANSIOLÍTICA. ¡He vuelto a torcerme el tobillo!

SR. DIOSDADO. Ya me habías preocupado. Sólo a ti se te ocurre ponerte esos taconazos de aguja.

ANSIOLÍTICA. Soy una reina de la noche. Tengo que estar siempre espléndida.

SR. DIOSDADO. Siempre estás espléndida, querida. (*En voz baja*) Y no bajes la guardia con esta rata bolchevique... ¿Anda Desire esta noche aquí?

ANSIOLÍTICA. Claro que sí, Gruñoncito. Siempre estamos dispuestas para ti.

SR. DIOSDADO. (*A ADÁN*) No piense cosas raras, Adán. Es la traductora. Como comprenderá no se me da muy bien hablar en vietnamita.

ADÁN. Quién más y quién menos todos tenemos el mismo problema.

SR. DIOSDADO. (*A ANSIOLÍTICA*) ¡Y ten cuidado!

El SR. DIOSDADO sale. ADÁN se acerca a ANSIOLÍTICA para darla dos besos pero ésta se aparta.

ANSIOLÍTICA. Siento no darte dos besos, querido, pero acabo de maquillarme. Llevar una obra maestra en el rostro como esta requiere su tiempo, ¿sabes?

ADÁN. ¿Qué maquillaje?

ANSIOLÍTICA. Quizás no lo notes porque soy muy sutil. La elegancia es mi mayor cualidad. No es fácil el sacrificado oficio de estar siempre divina.

ADÁN trata de darle la mano pero ANSIOLÍTICA se echa hacia atrás, espantada.

ANSIOLÍTICA. ¡No me toques!

ADÁN. Per...perdón.

ANSIOLÍTICA. Oh, lo siento. Lo siento muchísimo, querido. No quería ser tan desagradable. Simplemente no quiero darte la mano. Acabo de hacerme las uñas.

ADÁN se sienta.

ADÁN. ¿No retiras la silla a una diva? ¡Vaya un maleducado!

ANSIOLÍTICA. Disculpa. No sé en qué estaría pensando.

ADÁN se levanta para ayudarla.

ANSIOLÍTICA. ¡No te acerques! ¡Un paso más y no sé lo que haría!

ADÁN. (*Asustado*) De acuerdo, de acuerdo... Tranquila.

ANSIOLÍTICA. Ay, lo siento muchísimo, querido. No quería ser tan desagradable.

ADÁN. Todos tenemos algún día malo.

ANSIOLÍTICA. ¡¿Insinúas que estoy loca, eh?! ¡¿Lo estás insinuando?!

ADÁN. ¡No, no, no! Yo intentaba ser amable...

ANSIOLÍTICA. Oh, perdóname, querido. Siento en el alma haberte tratado así.

Simplemente odio el contacto físico con cualquier ser humano.

ADÁN. (*Fingiendo amabilidad*) ¿A quién no le pasa eso de vez en cuando?

ANSIOLÍTICA. Siento un asco visceral por todos los hombres. Pero no tengo nada contra ti.

ADÁN. Es un alivio.

Silencio incómodo.

ADÁN. Bueno. ¿Cómo te llamas?

ANSIOLÍTICA. Yo me llamo Ansiolítica

ADÁN. ¿Ansiolítica? ¿Es tu verdadero nombre?

ANSIOLÍTICA. Por supuesto que no, cariño. Es mi nombre de guerra. Un mote artístico, un apodo, un pseudónimo, un sobrenombre, un alias, un...

ADÁN. ¿Y por qué te llaman así?

ANSIOLÍTICA. ¡¿Vas a dejar de interrumpirme?!

ADÁN. Sí, sí...

ANSIOLÍTICA. ¿Por dónde iba? ¡Me has hecho perder el hilo!

ADÁN. Hablabas de tus motes.

ANSIOLÍTICA. ¡¿Me vas a dejar hablar?!

ADÁN. Claro, claro...

ANSIOLÍTICA. Ya me acuerdo. Me llaman así porque en la noche todos me conocen por mi adicción a los antidepresivos.

ADÁN. Vaya... Eso es algo duro.

ANSIOLÍTICA. No te equivoques. El que sea adicta a los antidepresivos no significa que tenga un problema con ellos. ¿Entiendes?

ADÁN. Entiendo...

ANSIOLÍTICA. Además de trabajar aquí soy una farmacia humana. (*En voz baja*) Si necesitas cualquier medicamento sin receta yo te lo consigo. Tengo todas las que hay en el mercado. Hasta las que están en fase de experimentación.

ADÁN. ¿Cómo es posible eso?

ANSIOLÍTICA. También trabajo como cobaya humana. Pero sólo a media jornada.

ADÁN. Interesante.

ANSIOLÍTICA. Por cierto. ¿Cuál es tu nombre?

ADÁN. Adán.

ANSIOLÍTICA. ¿Adán? ¡Qué divino! Mi primer proxeneta también se llamaba como tú.

ADÁN. Que casualidad...

ANSIOLÍTICA. Cuantos momentos tan maravillosos pasamos juntos. No recuerdo ninguno. Pasé mi adolescencia totalmente colgada. Y sin embargo es difícil olvidar el primer chulo de alguien, ¿verdad?

ADÁN. Yo ni siquiera me acuerdo de cómo era el mío.

ANSIOLÍTICA. Mi Adán era tosco y bruto. Un auténtico chimpancé pero le tenía cariño. Además se parecía un poco a ti. De hecho se parece bastante.

ADÁN. Me estoy sonrojando.

ANSIOLÍTICA. Ahora que me fijo bien sois iguales. Esto es raro, muy raro... (*Levantándose amenazadoramente*) ¿No serás él?

ADÁN. (*Aterrorizado*) No, no soy yo.

ANSIOLÍTICA. ¡Sí! ¡Eres él! ¡Eres él!

ADÁN. ¡No! ¡No soy yo!

ANSIOLÍTICA. ¿Cómo estás tan seguro?

ADÁN. Puedo demostrártelo.

ANSIOLÍTICA. (*Tranquilizándose*) Bueno ahora que me fijo tu eres más escuchimizado.

ADÁN. Sí. Soy un escuchimizado. Lo reconozco. Soy incapaz de hacer daño a nadie.

SR. DIOSDADO. (*Off*) ¡Mentira!

ADÁN. ¿Has... has escuchado eso?

ANSIOLÍTICA. (*Volviendo a levantarse amenazadora*) ¿Tú también escuchas las voces que hay en mi cabeza?

El SR. DIOSDADO se asoma para espiarles. ADÁN le ve.

ADÁN. ¿Busca algo, señor Diosdado?

SR. DIOSDADO. No. Nada. ¿Están por aquí los thailandeses?

ADÁN. Me temo que no.

SR. DIOSDADO. ¿Dónde se habrán metido esos taiwanenses?

EL SR. DIOSDADO sale. Entra RENÉ. ANSIOLÍTICA se sienta.

RENÉ. Espero que la velada esté siendo distendida.

ADÁN. (*Asustado*) Mucho.

RENE. (*A ADÁN*) Sabía que acertaría, messie. Tengo una gran intuición para estas cosas. ¿Qué tomarán para beber? Un acontecimiento así merece algo especial.

ANSIOLÍTICA. Dos botellas de absenta, René. Del duende verde. ¿Te parece bien, querido?

ADAN. ¿No es un poco fuerte beber absenta antes de la cena?

ANSIOLÍTICA. Llevas razón, querido. René, tráenos cuatro botellas de vino.

ADAN. Yo no voy a beber.

ANSIOLÍTICA. Son para mí. Ahora pide tú.

RENE. ¿Qué vino tomará madame?

ANSIOLÍTICA. El más barato que tenga. (*A ADÁN*) Una mujer de mi clase no merece menos.

RENÉ. Perfecto. Una desafortunada elección, madame Ansiolítica. ¿Y el señor?

ADÁN. Un vaso de agua, René.

RENÉ. Sólo nos quedan garrafas de cinco litros, messie.

ADÁN. Trae una de esas.

ANSIOLÍTICA. Quieres empezar fuerte la noche, ¿eh?

ADÁN. El agua es por si la necesitas.

ANSIOLÍTICA. No me hará falta, gracias. Con cuatro botellas de vino creo que voy servida. Aunque por si acaso también podrías traer una botella de whisky, René. Para ir abriendo la garganta.

ADÁN. Y trae también un desfibrilador.

RENÉ. Una fabulosa elección. Si el señor lo desea también tiene a su disposición unos electrocardiogramas marca de la casa.

ADÁN. Quizá más tarde.

RENÉ. Una fabulosa elección, messie. En seguida traigo las bebidas. Mientas tanto vayan pensando en qué tomarán de cenar.

RENÉ se dirige hacia la entrada y allí se sienta para ojear una revista.

ADÁN. ¿Tendrán algo de carne en el menú?

ANSIOLÍTICA. ¿Vas a comer carne? ¿Con la de grasas que tiene eso?

ADÁN. Correré el riesgo.

ANSIOLÍTICA. Uno debe mirar por su salud, ¿entiendes? Yo evito todo tipo de comidas altas en cualquier tipo de grasas y colesterol. Hay que cuidarse.

ADÁN. Estoy de acuerdo contigo.

ANSIOLÍTICA. La salud es algo serio, querido. Muy serio. Casi más que la imagen. Bueno tanto no... ¡Ya lo olvidaba!

ANSIOLÍTICA empieza a sacar cajas con pastillas.

ANSIOLÍTICA. Es mi hora antidrepesiva.

ADÁN. ¿No te encuentras bien?

ANSIOLÍTICA. Tengo que tomarlas todos los días, pero no te asustes que estoy bien. (*Empieza a comer pastillas*) Y estas otras son para calmar la ansiedad.

ADÁN. ¿Y esas? ¿Para qué son?

ANSIOLÍTICA. Para no sufrir alucinaciones. Saben a melocotón. Están deliciosas. ¿Quieres una?

ADÁN niega con la cabeza, incapaz de articular palabra.

ANSIOLÍTICA. Son cero calorías. Mi médico dice que soy neurótica pero sé cuidar mi línea, ¿verdad?

ANSIOLÍTICA continúa sacando pastillas y más pastillas.

ADÁN. (*Sin dar crédito*) ¿Cuántas pastillas tomas al día?

ANSIOLÍTICA. Una ya pierde la cuenta con el paso de los años.

ADÁN. Y esas píldoras verdes, ¿para qué son?

ANSIOLÍTICA. No lo sé, pero también las tomo.

ADÁN. Lo que no mata engorda, ¿no?

ANSIOLÍTICA. ¡ Antes muerta y loca que coger un gramo de grasa!

ADÁN. (*Para sí mismo*) No puedo más con esto... Un cigarrillo, necesito un cigarrillo (*Saca un cigarrillo*)

ANSIOLÍTICA. (*Viéndolo*) ¿Se puede saber qué haces? (*Llevándose las manos a la cara*) ¡Ahh!

ADÁN. ¿Qué pasa?

ANSIOLÍTICA. ¡Ahh! ¡Ahh! ¿Te has vuelto loco? ¡Apaga eso!

ADÁN. No lo he encendido.

ANSIOLÍTICA le quita el cigarrillo y lo espachurra en el suelo.

ADÁN. ¿Qué pasa?

ANSIOLÍTICA. ¿Quieres intoxicarnos a todos?

ADÁN. Sólo quería encenderme un cigarrillo. Lo necesito. Llevo mucho tiempo sin fumarme uno.

ANSIOLÍTICA. ¡Si necesitas tranquilizarte te doy todas las pastillas que quieras pero no se te ocurra fumar un solo cigarrillo más! Esa porquería te destroza la salud, ¿sabes?

ADÁN. Claro que lo sé.

ANSIOLÍTICA. ¿Y por qué sigues fumando? ¿Resulta que eres idiota?

ADÁN. ¡No! Fumo porque me apetece. ¡Y me gusta!

ANSIOLÍTICA. ¿Cómo puede gustarte aspirar una porquería que contiene más de cinco mil sustancias altamente nocivas, algunas de ellas sin identificar?

ADÁN. No entiendo que hay de malo.

ANSIOLÍTICA. Encenderse un cigarrillo aquí... ¡Y delante mía! Si te ve René te echa directamente. ¿Quieres un poco de láudano antes de la cena?

ADÁN. No gracias. Yo no tomo esa porquería.

ANSIOLÍTICA. ¿Tabaco sí pero láudano no?

ADÁN. Exactamente, sí.

ANSIOLÍTICA. ¿Sabes que eres un hombre un poco contradictorio?

ADÁN. No creo que sea el único en esta mesa a quién le suceda eso.

ANSIOLÍTICA. Mi amigo invisible no se ha dado por aludido.

ADÁN. No puedo más, no puedo más...

ANSIOLÍTICA. Eres un tipo raro. Muy raro, ¿sabes? Seguro que tienes alguna profesión extraña. ¿A qué te dedicas?

ADÁN. Soy... (*Para sí mismo*) ¿Qué puedo decirle para que deje de preguntar? Tiene que ser una profesión que a nadie le interese... (*A ANSIOLÍTICA*) ¡Escritor! Soy escritor.

ANSIOLÍTICA. (*Entusiasmada*) ¿En serio? ¿Qué cosas escribes, querido?

ADÁN. Escribo cosas... Cosas raras. He venido aquí a documentarme para mi próxima novela.

ANSIOLÍTICA. ¿De qué trata?

ADÁN. Lo sabré cuando esté terminada. Pero saldrán muchos personajes estafalarios. Gente de la noche, divas fracasadas, alcohólicas con depresión, drogadictas perturbadas...

ANSIOLÍTICA. Pues me temo que aquí no vas a encontrar a nadie así. Somos todos muy normales.

ADÁN. Siempre se puede sacar algo.

ANSIOLÍTICA. Bueno la verdad es que René es un tipo un poco extraño. Todo ese acento francés y como atilda la voz cuando te llama madame. ¿No lo has notado?

ADÁN. No, no lo he notado. A mí me llama messie.

ANSIOLÍTICA. Es muy raro, ¿no te parece?

ADÁN. Creo que es homosexual.
ANSIOLÍTICA. Y yo que pensaba que era dislexia. ¿Puedo salir en tu libro?
ADÁN. Tampoco tengo mucho que contar.
ANSIOLÍTICA. Pregúntame. Mi vida es muy interesante.
ADÁN. (*Suspira*) Está bien... Cuéntame algo sobre tí.
ANSIOLÍTICA. Mi vida es un infierno.
ADÁN. Lo siento pero debo irme.
ANSIOLÍTICA. ¡Ayúdame a morir!
ADÁN. ¿Alguna vez has pensado en buscar ayuda médica?
ANSIOLÍTICA. No. Me pongo así porque soy una romántica.
ADÁN. (*Para sí mismo*) No puedo más con esto... (*A ANSIOLÍTICA*) Ahora vuelvo.
ANSIOLÍTICA. ¿Dónde vas?
ADÁN. No lo sé.
ANSIOLÍTICA. ¿Me ayudarás a morir?
ADÁN. Depende de cómo esté la cena.
ANSIOLÍTICA. No tardes mucho. Quiero morir temprano esta noche. Si no luego no duermo bien.

ADÁN se levanta corriendo y llega hasta RENÉ.

ADÁN. ¡René, tenemos que hablar seriamente!
RENÉ. (*Sin dejar de leer*) Ahora mismo no puedo atenderle. Me coge en el peor momento de toda la noche. ¡Cuando más trabajo tengo!
ADÁN. ¿Se puede saber a qué mujer me ha traído?
RENÉ. (*Pasa las hojas*) ¿Está disfrutando de la conversación? Le dije que madame era una mujer muy especial, messie. Además tiene un gusto exquisito para vestir.
ADÁN. ¡Está loca!
RENÉ. (*Observa detenidamente la revista*) No, messie. Madame no está loca.
ADÁN. ¿Qué mujer en su sano juicio pide para beber cuatro botellas de vino, come pastillas sin parar y me recrimina que encienda un cigarrillo?

RENÉ se levanta dejando caer la revista.

RENÉ. ¿Ha intentado encenderse un cigarrillo, messie?
ADÁN. Sí, pero ese no es el asunto.
RENÉ. ¡Si no fuera el primer cliente que tengo en semanas le habría echado! Olvide lo que he dicho y tenga en cuenta lo que he callado.
ADÁN. Esa mujer dice cosas muy raras, tiene cambios de humor bruscos, escucha voces, ve amigos invisibles, ¡amigos invisibles! ¿Cuántos amigos invisibles tiene usted?
RENÉ. ¿Y eso qué importa? Ya no me hablo con ninguno.
ADÁN. ¿Dónde me he metido? (*Suspira*) ¿No comprende que esa mujer no está bien?
RENÉ. Madame Ansiolítica solamente tiene un trastorno bipolar y un poco de esquizofrenia paranoide maníaco-depresiva que de vez en cuando le provoca algo de ansiedad. No entiendo por qué le da tanta importancia a eso.
ADÁN. ¿Ansiedad? ¿Me ha puesto a cenar con una mujer que sufre ansiedad?
RENÉ. Estará sufriendo un ataque, no se preocupe. Vuelva a su sitio y siga hablando con ella como si no pasara nada. Es lo mejor que uno puede hacer en estos casos.
ADÁN. ¡¿Y si intenta hacerme algo?!
RENÉ. No exagere, messie. ¿Nunca ha sufrido un brote psicótico?
ADÁN. No.

RENÉ. A ver si el raro va a ser usted.
 ADÁN. ¡Me ha pedido que le ayude a morir!
 RENÉ. ¿Le ha pedido eso?
 ADÁN. ¡Sí! ¡Esa mujer está chalada! ¡Como una regadera!
 RENÉ. ¡Eso es maravilloso, messie!
 ADÁN. Se me caen las lágrimas de la emoción.
 RENÉ. Eso quiere decir que le ha caído usted bien a madame.
 ADÁN. ¿Cómo que le he caído bien? ¡Está pidiéndome que la ayude a morir!
 RENÉ. Dice esas cosas para romper el hielo, messie. Me sorprende que todavía no se haya dado cuenta de ello.
 ADÁN. Pues no, debe ser que no me fijo en esas cosas.
 RENÉ. Creo que tiene demasiada poca experiencia con las mujeres.
 ADÁN. Estoy de acuerdo contigo, ¡pero haz el favor de cambiarme de comensal!
 RENÉ. Creo que es usted un hombre demasiado exigente. No puede pedir tanto de los demás.
 ADÁN. Simplemente quiero otra comensal. Dejémoslo en que la señorita Ansiolítica no es de mi gusto.
 RENÉ. Haber empezado por ahí, messie. No queremos que ningún cliente esté a disgusto.
 ADÁN. Vamos, dila que he cambiado de opinión.
 RENÉ. Usted primero.
 ADÁN. No, no. Usted primero.
 RENÉ. No seré yo quién le diga a madame que no quiere cenar con ella.
 ADÁN. Ni yo, para eso está usted.
 RENÉ. Únicamente me encargo de recibir a los clientes, atenderles y limpiar el local. No de tratar con locos.
 ADÁN. ¿Tiene miedo de la señorita?
 RENÉ. Sería sincero si le digo que sí.
 ADÁN. Pensaba que la señorita no estaba tan mal.
 RENÉ. Soy un caballero paga echar a la señorita de ningún lado.
 ADÁN. ¡Al diablo! ¡Acabemos con este drama! ¡Me voy! ¡Me marcho de este maldito restaurante de locos!
 RENÉ. No se vaya, messie. Lleguemos a un acuerdo. (*Ve a ANSIOLÍTICA tirada sobre la mesa*) ¡Oh, mon dieu! ¡Es horrible!
 ADÁN. (*Viendo la escena*) ¡Lo ha hecho! (*Se lleva las manos la cabeza*) ¡Se ha matado! ¡La loca se ha matado!
 RENÉ. ¡No, madame! (*Manos en la cabeza*) ¡Ha doblado el mantel!
 ADÁN. ¡Ha cumplido sus amenazas!

RENÉ corre y llega hasta ANSIOLÍTICA. La levanta para tumbarla en la silla. Estira el mantel con cuidado. ADÁN llega hasta la escena.

RENÉ. ¡Así está mejor! No nos ha visto nadie, ¿verdad? (*Respira hondo*) Qué mal trago he pasado.
 ADÁN. Una mujer muere en una mesa de su local... ¿y usted se preocupa porque el mantel está doblado?!
 RENÉ. Me preocupo por la imagen de mi local.
 ADÁN. Si alguien entra y ve una comensal muerta en una mesa no creo que vaya a llevarse muy buena imagen de este local.
 RENÉ. ¿Está burlándose de mí, señorito?

ADÁN. Quizás se fije en el mantel el forense pero no el resto de clientes.
 RENÉ. ¿Y qué imagen se llevaría el forense de la calidad de mi “restaurant”?
 ADÁN. No creo que le importe mucho eso.
 RENÉ. La gente se fija más en estos pequeños detalles de lo que usted cree.
 SR. DIOSDADO. (*Intenta pasar de largo pero finalmente se detiene*) Ese mantel está francamente mal estirado, René. No me extraña que este local tenga tan mala reputación entre los médicos forenses.
 RENÉ. Pues resulta que aquí el señorito piensa que eso no es un aspecto que deba dársele mucha importancia.
 SR. DIOSDADO. ¿Qué espera de un líder sindical?
 ADÁN. Un momento, señor Diosdado. ¿Nota usted algo raro aquí?
 SR. DIOSDADO. Pues no la verdad. Bueno, ahora que lo pienso... A ver... No, no. ¿Los cubiertos?
 ADÁN. ¡No son los cubiertos! Fíjese. ¿No ve nada extraño?
 SR. DIOSDADO. Cubiertos sucios, mantel doblado, motas de polvo, Ansiolítica tirada en la mesa... No. No noto nada raro. ¿Por qué lo decía?
 ADÁN. ¡Porque esa mujer está muerta!
 SR. DIOSDADO. Tiene usted una vista de lince, Adán. No me había fijado. (*Preocupado*) ¿Cómo sabe que está muerta?
 ADÁN. Pues porque me pedía que la ayudara a morir y...
 SR. DIOSDADO. ¿También le ha dicho eso? ¡Pensaba que yo era al único a quién decía esas cosas!
 RENÉ. La señorita Ansiolítica realmente era una profesional, messie. La realidad es dura pero es así.
 SR. DIOSDADO. ¡Qué decepción! ¡Qué decepción! Todos estos años creyendo que yo era el único hombre de su vida... (*A ADÁN*) ¡Y me la has tenido que arrebatarme también! (*Entre sollozos*) ¿Qué vendrá después? ¿Pedir unos aseos para los trabajadores? ¡Esto no te lo perdonaré nunca, Adán!
 ADÁN. (*Muy nervioso*) No piense en eso ahora. Ahora hay que hacer algo con sus restos.
 SR. DIOSDADO. (*Meditativo*) Ella habría querido que se hiciera una potente pastilla antidepresiva con sus cenizas. Era su última voluntad.
 RENÉ. ¡Esta mujer no está muerta, messie!
 ADÁN. ¿Cómo que no?
 RENÉ. Escuchen en silencio.

ANSIOLÍTICA murmura palabras ininteligibles.

ADÁN. ¿Qué dice?
 RENÉ. Debe estar teniendo pesadillas con el tabaco.
 SR. DIOSDADO. Eso es imposible. Hace años que dejó esa porquería.
 RENÉ. Pero el señorito le ha ofrecido un cigarrillo.
 SR. DIOSDADO. ¿Ha hecho eso realmente, Adán?
 ADÁN. No. Solamente he sacado un cigarrillo para mí.

El SR. DIOSDADO y ADÁN se posicionan frente a frente levantando sus cabezas en una actitud desafiante hacia el otro.

SR. DIOSDADO. No me entra en la cabeza como alguien puede hacer lo que usted ha hecho y reconocerlo con esa frialdad.

RENÉ. Y sin mostrar ningún sentimiento de culpa.

SR. DIOSDADO. Me asusta pensar que haya gente como usted suelta por el mundo.

RENÉ. El señorito roza la psicopatía.

SR. DIOSDADO. Si fuera un hombre le golpearía.

ADÁN. Es un hombre.

SR. DIOSDADO. Me refiero a usted. Se ha quedado mudo. ¿No es capaz de decirme nada?

ADÁN. Se lo diría pero no puede entenderlo si no es mujer.

RENÉ se pone entre medias de ambos.

RENÉ. Si quieren matarse háganlo luego pero antes debemos llevarnos a la señorita de aquí.

ADÁN. ¿Adónde?

RENÉ. Tenemos un cuarto especial para ella. A la orden de tres la cogemos y llevamos allí, ¿de acuerdo señorito?

ADÁN. ¿Dónde está el cuarto?

RENÉ. Al lado de los servicios.

ADÁN. Entonces creo que me quedaré aquí. Además tengo la espalda hecha polvo.

SR. DIOSDADO. Pues no será por las doce horas diarias que está en la cadena de montaje porque si se quejara por eso sería para despedirle. Además solamente se trata de arrastrar un peso muerto.

ADÁN. Mis costillas están destrozadas.

RENÉ. Usted son todo complicaciones.

SR. DIOSDADO. Porque es un sindicalista.

ADÁN. (*Al SR. DIOSDADO*) ¿Y por qué no la lleva usted que no le sucede nada?

SR. DIOSDADO. ¿Quién le dice que no me sucede nada? Tengo el alma destrozada.

¿Piensa obligar a un hombre con el corazón roto a llevar el cuerpo de su querida?

RENÉ. Sería una crueldad.

ADÁN. Está bien, está bien. ¡Quiero acabar de una vez por todas con esta farsa! Vamos René.

ADÁN y RENÉ se disponen a cogerla.

SR. DIOSDADO. Yo les guiaré. A la de una, a la de dos y a la de... ¡tres!

ADÁN y RENÉ la levantan.

SR. DIOSDADO. ¡Muy bien! ¡Vamos, vamos rápido! ¡No tenemos todo el día!

ADÁN. ¡Mi espalda! ¡Ah, oh, ah!

SR. DIOSDADO. ¡Deje de lamentarse y trabaje!

ADÁN. ¡Esta mujer pesa más que un muerto!

SR. DIOSDADO. ¡Vamos, vamos, vamos! ¡Imagine que es un rodamiento! ¡No tenemos toda la noche para sacar a esta mujer de aquí!

ADÁN y RENÉ sacan a ANSIOLÍTICA. ADÁN no para de quejarse en todo el camino. Empiezan a caer cajas de pastillas sin parar. Salen. El SR. DIOSDADO, suspirando exhausto, se sienta en una silla.

SR. DIOSDADO. Y luego dicen que mandar no es un esfuerzo. Si esto no agota que baje Dios y lo vea.

Las luces se apagan sobre el SR. DIOSDADO.

ACTO II

Las luces se encienden sobre el extenuado SR. DIOSDADO que sigue en la misma posición. ADÁN vuelve jadeando y con la mano en la espalda. Se sienta junto al SR. DIOSDADO.

SR. DIOSDADO. ¿Ya habéis terminado?

ADÁN. (*Sin aire*) Sí.

SR. DIOSDADO. Ahora estará tres días durmiendo.

ADÁN. Y yo también...

SR. DIOSDADO. No se queje porque no ha hecho nada. Yo sí que estoy reventado y no me quejo.

ADÁN. Ya veo como sufre.

SR. DIOSDADO. Adán, quería decirle una cosa. Antes me he puesto un poco nervioso y...

ADÁN. No se preocupe, yo también.

SR. DIOSDADO. Solamente quería decirle que no me arrepiento de nada de lo que he dicho.

ADÁN. Yo tampoco.

SR. DIOSDADO. Entonces tema zanjado, ¿no?

ADÁN. Claro que sí.

SR. DIOSDADO. ¿Seguimos quedando como enemigos?

ADÁN. Nunca tuve la sensación de que fuéramos amigos.

SR. DIOSDADO. Ya me quedo más tranquilo. (*Levantándose*) Mis socios deben estar al caer. No entiendo qué puede haberles retrasado.

ADÁN. Ya sabe como son esos malayos.

El SR. DIOSDADO sale. RENÉ entra con CRISTINA, una mujer muy atractiva sobre los treinta años.

RENÉ. Como le prometí aquí tiene su nueva comensal, messie.

ADÁN. (*Impresionado*) Ho... Hola. Discúlpame por no levantarme pero tengo la espalda a punto de hacerse añicos.

RENÉ. La señorita Cristina le dará un amable masaje que le dejará nuevo. ¿Verdad, querida?

CRISTINA. No sé dar masajes ni tengo por qué hacerlo. No figura dentro de mi contrato como comensal. Sería una extralimitación de mis funciones y una fútil demostración de abuso de poder por parte de la patronal que no puedo ni debo consentir ética y moralmente.

ADÁN. Impresionante...

RENÉ. (*En voz baja*) Cristina, cariño, es el primer cliente que tenemos en mucho tiempo. O le das un masaje o le das un masaje.

CRISTINA. (*Asustada*) De acuerdo, pero no me haga nada.

CRISTINA se coloca tras ADÁN y comienza a pasarle la mano por los hombros. RENÉ repasa con el plumero la mesa y a los dos comensales.

ADÁN. ¡Ahh! ¡Ohh! ¡Ay! ¡Uhh!

RENÉ. ¿Se encuentra ya mejor, messie?

ADÁN. No. ¡Ahh! Está destrozándome la espalda.

CRISTINA se detiene.

ADÁN. Pero no pares. ¡Uhh! La estás destrozando maravillosamente. ¡Aiss!

RENÉ. Ya le dije que todas nuestra chicas eran profesionales, messie.

ADÁN. ¡Ahh! ¡Ais! ¿Nunca te han dicho que tienes unas manos preciosas? ¡Uhh! Muy ásperas, como de campesina ucraniana. ¡Ahh! Encallecidas, flácidas, llenas de rajaduras y unas uñas ennegrecidas...

CRISTINA. Quizás conquistes con esos halagos a una jovencita socialista ignorante pero conmigo no funcionan.

ADÁN. Te lo digo totalmente en serio. ¡Ahh! Tienes unas manos destrozadas. ¿Qué haces para mantenerlas tan bien curtidas?

CRISTINA. Trabajos de fontanería en mi tiempo libre.

ADÁN. A mí no me engañas. ¡Uys! Mi ex mujer hacía eso mismo y no le funcionaba para nada. ¡Ahh! Algún secreto debes tener.

CRISTINA. Cambio el aceite del coche todas las mañanas.

ADÁN. Es un buen truco. ¡Aohh! ¿Crees que también servirá para las arrugas?

RENÉ. ¡Uy, yo lo uso para las patas de gallo y me funciona fenomenal!

CRISTINA deja a ADÁN, que se lamenta tocándose la espalda.

ADÁN. Muchas gracias. Esto es otra cosa.

RENÉ. ¿Ve cómo la señorita Cristina hace maravillas con las manos?

ADÁN. Sí. Nunca antes me habían dado un masaje igual.

RENÉ. (*A ADÁN*) Aunque tiene un gusto horrible para vestir. Eso la pierde.

CRISTINA se sienta. RENÉ sale.

ADÁN. Cristina es un nombre precioso.

CRISTINA. Todos los despreciables misóginos que venís aquí solamente buscáis una conversación insustancial y rápida. No creo que te importe como me llame.

RENÉ. (*Sonríe bobaliconamente*) Y además encantadora.

CRISTINA. No soy encantadora ni sumisa. Lucho por ser un azote para los hombres.

ADÁN. En mis ratos libres yo también soy un poco feminista.

CRISTINA. No creo que seas algo más que un vulgar falócrata. Lo llevas escrito en la cara.

ADÁN. ¿Cómo dices?

RENÉ entra.

RENÉ. Siento interrumpir esta interesante conversación pero querrán cenar, ¿no les parece?

ADÁN. Sí, René. Necesito comer algo. Tengo hambre, mucha hambre... y me apetece carne.

CRISTINA. ¡Carne! Sabía que no tardarías mucho en imponer la vena falócrata.

¿Pretendes ser más viril devorando los restos salpimentados a la parrilla de una inocente criatura ajena a tus problemas de autoestima?

ADÁN. Si pretendes que la carne me sepa mal no vas a conseguirlo.
CRISTINA. La carne que sirven aquí ya de por sí viene en mal estado.
RENÉ. No haga caso, messie. Todavía puede comerse.
ADÁN. Bueno, ¿y qué alternativa me ofreces? ¿Algo vegetariano? Está bien, René.
¿Tienes huevos?
RENÉ. ¡Claro que sí, messie!
CRISTINA. ¡Huevos! ¡Vas a tomar huevos! No me lo puedo creer. (*Para sí misma*)
Pide huevos delante mía.
ADÁN. ¿Qué hay de malo?
CRISTINA. ¡¿Y te atreves a preguntar?! Si tomas huevos estás obligando a una pobre gallina a que trabaje en un sistema opresor y explotador ajena a ella para que produzca un típico producto del capitalismo falócrata.
ADÁN. Ay, Dios. Esta mujer va a conseguir quitarme el hambre. René, ¡tráeme un vaso de leche!
CRISTINA. ¿Leche? ¿Vas a beber leche?
ADÁN. ¿Tus padres no te daban leche de pequeña?
CRISTINA. Claro que sí y por eso les odiaré eternamente.
ADÁN. ¿Qué hay de malo en tomar un vaso de leche?
CRISTINA. ¿Sabes lo que debe sufrir una pobre vaca con esas gomas tan frías succionando sus ubres para extraer del modo más cruel y humillante su líquido máspreciado para crear el segundo producto más típico del capitalismo?
ADÁN. Pues no. No sé lo que sufre una vaca cuando la ordeñan. ¿Tu sí?
CRISTINA. Siento una gran empatía hacia el sufrimiento de todos esos pobres animalitos. Si una gallina es obligada a poner huevos, yo siento el dolor de ponerlos. Y si una vaca es obligada a dar leche siento como si me la sacaran a mí. Y si una vaca muge, yo también mujo. Soy así de aprehensiva.
ADÁN. Tienes unas ideas muy extrañas.
CRISTINA. Simplemente soy vegana.
ADÁN. Y yo soy Adán. Encantado.
CRISTINA. Eres un bruto. El veganismo consiste en evitar el consumo de cualquier producto procedente de un animal.
ADÁN. Entonces comes piedras.
RENÉ. ¿Se han decidido ya los señores?
ADÁN. A mí tráeme un bollo.
CRISTINA. ¡¿Hecho con grasas animales?!
ADÁN. ¡Trae cualquier cosa que no ofenda a las vacas!
RENÉ. ¡Una sopa deconstruida René! Una auténtica delicatessen especialidad de la casa.
ADÁN. ¿Qué lleva?
RENÉ. Caldo con agua, messie. Exquisito. Nos dieron por ella treinta y dos referencias en la guía Michelin.
ADÁN. Y seguro que todas negativas.
RENÉ. ¿Pero quién ha conseguido tantas?
ADÁN. Me parece bien. (*En voz baja*) Échame un trozo de vaca sin que se entere esta mujer.
RENÉ. Sólo servimos vaca entera, messie. (*Pasa el plumero a ADÁN por la cara*)
¡Motita!

RENÉ sale corriendo. Se produce un incómodo silencio entre ADÁN y CRISTINA.

ADÁN. Bueno... (*Silencio*) En fin...

Continúa el silencio. CRISTINA juguetea con los dedos por los bordados del mantel mientras tararea la "Internacional". ADÁN se levanta.

ADÁN. Necesito ir al servicio. ¿Sabes donde está?

CRISTINA. (*Sin mirarle*) Tienes que ir al final del local. Allí verás un pasillo que gira a la derecha y entonces te encontrarás con dos puertas. Una a la izquierda y otra a la derecha. A la derecha no se te ocurra entrar porque es la cocina. A la izquierda tampoco porque es donde se encuentran las chicas. De todos modos encontrarás un cartel en que ponga reservado, prohibida la entrada. Ahí no es. Tienes que seguir hacia delante y coger a la izquierda. Allí verás unas escaleras que bajan. No se te ocurra subir las porque no van a ningún lado. Cuando llegues al piso de abajo verás un pasillo y en el pasillo verás cinco puertas. Dos a la izquierda y tres a la derecha. Ignora las de la izquierda tienes que ir a las de la derecha. Luego ya no sé qué puerta de esas es.

ADÁN. ¿Y cómo lo encuentro?

CRISTINA. Pregúntale a René.

ADÁN. Entonces mejor me aguanto.

CRISTINA. Verdaderamente los hombres sois unos inútiles. No tenéis ningún sentido de la orientación. Y con tal de mantener vuestro orgullo aguantáis cualquier cosa.

ADÁN. He venido aquí buscando una conversación interesante. No para que me insulten.

CRISTINA. Puedo insultarte de un modo interesante.

ADÁN. No he pagado para eso.

CRISTINA. Está bien. Charlemos. Saca un tema.

ADÁN. Ahora mismo no sé...

CRISTINA. Ni siquiera sabes de qué hablar. ¿No os dais cuenta de lo monotemáticos que sois? Te comentaré un tema interesante que te preocupará como falócrata. ¿Sabes que en este mundo nacen más mujeres que hombres? Y la tendencia va en aumento. Eso quiere decir que dentro de unos años sólo habrá mujeres en el planeta. A partir de ese momento seguro que las cosas comienzan a funcionar como es debido. La naturaleza es tan sabia que poco a poco os está retirando del mundo.

ADÁN. Y cuando llegue ese momento, ¿de donde sacaréis los hombres para continuar con la especie?

CRISTINA. Ya nos las arreglaremos solas.

ADÁN. ¿Sin hombres?

CRISTINA. Somos mujeres, conseguimos lo que queremos.

ADÁN. Pero no podréis hacer eso sin hombres.

CRISTINA. Donde hay mujeres aparecen hombres como moscas.

ADÁN. En eso llevas toda la razón... No me gusta este tema. Hablemos mejor sobre la digestión.

CRISTINA. La digestión, la digestión... ¡Todo el mundo habla sobre la digestión! ¿Tu crees que existe la digestión? Me refiero a la digestión pura. Esa mentira que nos han metido en la cabeza hasta la saciedad desde pequeños por todos los medios de comunicación.

ADÁN. Sí, creo en la digestión que solamente haces cuando comes con una persona verdaderamente especial y sientes que has nacido para comer con ella.

CRISTINA. Tienes un concepto demasiado romántico sobre la comida.

ADÁN. No puedo evitarlo. Me criaron en una mesa.

CRISTINA. Los científicos dicen que la digestión no existe, que todo es una simple serie de procesos químicos en el sistema gástrico. ¿No te resulta desesperanzador?

ADÁN. No me creo esas tonterías de los científicos. ¿Qué sabrán unas ratas de laboratorio sobre la digestión? Creo que la digestión es algo más importante. Una cosa bella y pura que no podemos alcanzar a comprender.

CRISTINA. Eso son tonterías románticas. No creo que la digestión exista.

ADÁN. Ya lo creo que sí. ¿Has tenido alguna vez una retroalimentación?

CRISTINA. ¿Por qué todas las conversaciones terminan hablando de sexo?

ADÁN. Es algo natural. Dime. ¿Has tenido alguna vez una?

CRISTINA. No quiero hablar sobre mis relaciones comensales.

ADÁN. Si es algo maravilloso. Ese cosquilleo que te sacude todo el cuerpo cuando sientes que te has comunicado con alguien.

CRISTINA. Qué soez puede llegar a ser el hombre. ¡Tema zanjado! ¡No quiero hablar sobre estas cosas!

ADÁN. ¿Y de qué hablamos?

CRISTINA. Sobre cualquier tema irrelevante. ¿A qué te dedicas?

ADÁN. Pues trabajo en una cadena de montaje. Estoy doce horas al día sin moverme del mismo sitio introduciendo bolas de acero a rodamientos de coche.

CRISTINA. Siempre tratando de haceros los interesantes. Todos decís lo mismo para ligar. ¿No sabes que eso ya no impresiona a las mujeres?

ADÁN. Bueno... también soy sindicalista.

CRISTINA. ¿De verdad? ¿Eres sindicalista? ¡Yo también soy sindicalista!

ADÁN. ¿En serio? ¿Adónde estás afiliada?

CRISTINA. Tengo mi propio sindicato.

ADÁN. Eso es maravilloso. ¿Y cuál es?

CRISTINA. Se llama el Sindicato de Mujeres Feministas Anarcomarxistas-Leninistas-Troskistas- Nacionalveganistas Comensales del Jardín del Edén. Es un nombre simple pero resume bien nuestro espíritu. Tenemos mucha presencia en nuestro trabajo.

ADÁN. ¿Cuántas afiliadas sois?

CRISTINA. Solamente yo.

ADÁN. ¿No crees que es bastante poco?

CRISTINA. Somos cinco chicas aquí. Eso ya representa el veinte por ciento de un grupo tan disperso y poco dado al sindicato y la asociación como es el gremio del comensalismo. Lo considero un logro. No sólo es un logro sino el mayor triunfo en toda la historia del sindicato.

ADÁN. Visto así... ¿Y qué se hace ahora mismo desde tu sindicato?

CRISTINA. Trabajamos duramente por mis derechos. En estos momentos estamos logrando grandes cosas.

ADÁN. ¿Cómo cuales?

CRISTINA. Por lo pronto que no me despidan. ¿Y tú que haces en el sindicato?

ADÁN. Sindico. De vez en cuando. Hace unos meses impedimos un cierre patronal y logramos que cien trabajadores despedidos improcedentemente recuperaran su empleo.

Entra RENÉ armado con el plumero, una bayeta y un cubo con fregona.

CRISTINA. ¿Y para eso estás en un sindicato? Los falócratas no sabéis luchar.

RENÉ. Un momento si me permiten.

RENÉ pasa la fregona. Da a ADÁN en el pie.

ADÁN. ¡Ahh, mi pie! ¿Es necesario que friegue ahora?
RENÉ. Antes de traer la comida hay que dejar la mesa como una patena, messie.
CRISTINA. ¿Cómo puedes permitirte el lujo de tratar al desgraciado de René como si fuera tu eunuco particular?
ADÁN. Solamente le he preguntado por qué friega ahora.
CRISTINA. Además, prepotente.
RENÉ. Súbanse a las sillas o no podré fregar bien.
ADÁN. ¡Llevas toda la noche limpiando!
RENÉ. Que se suban a las sillas, no pienso repetirlo.
CRISTINA. Ya salió su personalidad de falócrata castrante.
ADÁN. ¿Quieres dejarme tranquilo?
CRISTINA. ¡Represor!
ADÁN. (*A RENÉ*) Oiga, no cree que...
CRISTINA. ¡Falócrata!
RENÉ. ¡Súbanse!
ADÁN. ¿Dónde me he metido?

ADÁN y CRISTINA se suben a la silla. RENÉ friega el suelo.

CRISTINA. ¡Machista! ¡Prepotente! ¿Con qué derecho te crees para tratar a los demás a tu antojo? ¿Te crees un empresario?
ADÁN. ¿Quieres dejarme tranquilo? Esta es una situación muy violenta para mí.
RENÉ. Ahora tengo que limpiar las sillas. Hagan el favor de subirse a las mesas si son tan amables.
ADÁN. ¿Subirnos a la mesa? ¿Estás de broma?
RENÉ. Súbanse para que pueda limpiar sus asientos.
ADÁN. ¡Esto no tiene sentido!
CRISTINA. ¡Y sigue tratándonos como a sus esclavos!
ADÁN. ¡Cállate de una vez!
CRISTINA. ¡Represor! ¡Represor!
RENÉ. ¡Súbanse! ¡Tengo que limpiar muchas sillas esta noche!
ADÁN. ¡Maldito restaurante de locos!
CRISTINA. ¡Y sigue insultando! ¡Castrador!

ADÁN y CRISTINA se suben a la mesa acercándose el uno al otro al proferir sus insultos.. RENÉ limpia rápidamente los asientos.

ADÁN. ¿Qué me has llamado?
CRISTINA. ¡Machista falócrata!
ADÁN. ¡Y tú eres una feminista retrógrada!
CRISTINA. ¡Solamente sabes abrir la boca para mandar!
ADÁN. ¡Y tú para decir estupideces!
CRISTINA. ¡Empresario!
ADÁN. ¡Sindicalista!

CRISTINA agarra a ADÁN dándole un apasionado beso en la boca. RENÉ continúa fregando sin reparar en lo sucedido.

RENÉ. Ya pueden bajar.

ADÁN y CRISTINA se miran en silencio.

RENÉ. ¿Van a tenerme esperando toda la noche? Bajen de una vez.

ADÁN. Sí, sí, claro...

CRISTINA. ¿Me ayudas a bajar, Adán?

ADÁN. (*Confuso*) Claro que sí.

ADÁN y CRISTINA bajan mirándose fijamente. RENÉ mira la mesa con los brazos en jarra.

RENÉ. ¡Vaya por Dios! ¡Ya han vuelto a manchar la mesa! ¡Y las sillas! ¡Y el suelo! ¡Tendré que volver a limpiarlo todo! ¿Nunca les han dicho que no tiene ningún tipo de conciencia?

RENÉ pasa la fregona por la mesa.

RENÉ. Jóvenes... Parece que les guste comer entre la porquería.

ADÁN y CRISTINA continúa mirándose en silencio.

RENÉ. Si quieren comer entre la porquería como los cerdos allá ustedes. ¡Yo estoy cansado de desvivirme así!

RENÉ recoge sus bártulos y sale. Silencio.

CRISTINA. Yo no soy una mujer impetuosa. No sé qué me ha pasado.

ADÁN. Simplemente te has dejado llevar.

CRISTINA. No puede ser. Soy una mujer fría y calculadora. Nunca actúo de un modo tan impulsivo.

ADÁN. ¿Qué haces mañana?

CRISTINA. Casarme contigo y marcharnos a vivir al Trópico.

ADÁN. ¿No piensas que eso sería algo precipitado?

CRISTINA. Llevas razón... ¡Nos casaremos cuando vuelva René!

ADÁN. ¿Crees que René podrá casar?

CRISTINA. Dime, querido. ¿Cómo quieres que sea nuestra boda?

ADÁN. ¿No crees que el matrimonio podría romper la magia de nuestra relación?

CRISTINA. ¡Todos los hombres sois iguales! Odio cómo odiáis los compromisos.

ADÁN. Y yo odio que odiéis los compromisos.

CRISTINA. No odiamos los compromisos. Odiamos que odiéis los compromisos.

ADÁN. Y nosotros odiamos que odiéis a los que odian los compromisos.

CRISTINA. No odiamos a los que odian quienes odian los compromisos sino que odiamos que odiéis lo que odiamos.

ADÁN. Me estás dando la razón.

CRISTINA. Y eso lo odio.

ADÁN. Ahora mismo la cuestión importante es que una boda sería algo muy precipitado.

CRISTINA. Ya no me quieres.

ADÁN. No es eso, cariño.

CRISTINA. ¿Y por qué rehuyes de ese modo del compromiso? Hay otra mujer en tu vida, ¿no? Es eso. Lo sabía, lo sabía...

ADÁN. No hay otra mujer en mi vida.
CRISTINA. No intentes engañarme. Conozco ese brillo tuyo en los ojos.
ADÁN. ¿De qué estás hablando?
CRISTINA. ¡No me cambies de tema!
ADÁN. ¡No estoy cambiando de tema!
CRISTINA. Si por ahora no quieres casarte conmigo dilo. Soy una mujer razonable. Lo comprenderé.
ADÁN. No quiero casarme contigo, por ahora.
CRISTINA. (*Rompe a llorar*) ¡No me digas eso!
ADÁN. (*Abrazándola*) No llores, cariño.
CRISTINA. ¡Compromisófobo!
ADÁN. No merezco que me digas eso.
CRISTINA. ¡Ni yo merezco haberme enamorado de un hombre como tú!
ADÁN. Cariño, piensa bien lo que estás diciendo. Casarnos no es una decisión que uno pueda tomarse a la ligera. Necesito tiempo para meditarlo bien.
CRISTINA. ¿Cuánto?
ADÁN. Lo que tarde en ir y volver del servicio.
CRISTINA. (*Llora más fuerte*) ¡No puedo esperar tanto, Adán! ¡Necesito tener una respuesta ahora que soy joven!
ADÁN. Está bien. Te diré mi decisión después de la cena.
CRISTINA. (*Reponiéndose*) De acuerdo.

Entra RENÉ con un plato de sopa en cada mano.

RENÉ. ¡La sopa! (*Deja los platos*) ¡Qué disfruten de la comida!
ADÁN. René, René. Un momento.
RENÉ. ¿Qué desea, messie?
ADÁN. Esta sopa tiene un problema.
RENÉ. ¡No me diga, messie!
CRISTINA. Ni que la sopa tuviera un pelo.
ADÁN. No. (*Saca un bisoñé mojado*) Tiene un peluquín.
RENÉ. ¿En serio? ¡Qué alegría se llevará el cocinero cuando sepa que su melena ha aparecido!
ADÁN. Al menos podría venir para disculparse.
RENÉ. ¿Y que salga con toda la calva al aire? No sabe usted lo susceptible que es con ese tema.
ADÁN. Quiero que me cambie la sopa. ¡Es una vergüenza que sirvan algo así!
CRISTINA. (*A ADÁN*) Cariño, no seas tan tiquismiquis con todo. Vas a hacer que me ruborice con tu actitud. (*A RENÉ*) No lo tengas en cuenta René, siempre se porta así cuando sale de casa.
ADÁN. ¡No pienso consentir que me den para cenar una sopa con peluquín! ¡Es asqueroso!
CRISTINA. Tranquilízate cariño, no pasa nada. Si te da asco coge mi sopa. Yo solamente tengo una zarigüeya muerta.
ADÁN. ¡No pienso dar ni un sorbo a esta porquería!
CRISTINA. (*A RENÉ*) No se moleste por las observaciones de mi prometido. Es un hombre muy maniático. Se pone muy nervioso con los compromisos.
ADÁN. ¡Hay una melena en mi sopa!
CRISTINA. (*A RENÉ*) Date cuenta de en qué tonterías se fija. Ni caso.
ADÁN. ¡Una melena!

RENÉ. Si tanto le desagrada póngala a un lado, messie. Yo no puedo hacer más.
ADÁN. ¿Cómo voy a ponerla a un lado? ¡Es más grande que el plato!
RENÉ. Sé que va contra las normas éticas de nuestro sector contradecir al cliente pero, ¿no cree que está exagerando demasiado por una melena?
ADÁN. ¡Quiero la hoja de reclamaciones!
RENÉ. Si quiere le doy también las escrituras y la licencia de apertura, no le fastidia. ¿Qué se cree usted que es esto?
ADÁN. He pagado por cenar. No he pagado para comer pelos.
RENÉ. Pero qué desagradable es el señorito.
CRISTINA. Se lo dije.
ADÁN. Además la sopa está templada.
RENÉ. ¡¿Templada?! ¡No puedo consentirlo! ¡Se la cambio ahora mismo! (*Recoge el plato*) Disculpen las molestias, señoritos. No volverá a repetirse algo así. ¡No en mi local!

RENÉ sale corriendo rápidamente.

CRISTINA. Si hubieras empezado por ahí nos habríamos ahorrado toda esta vergüenza que me has hecho pasar.
ADÁN. El próximo día elijo yo dónde cenamos.
CRISTINA. Recuerda que mañana tenemos que ir a ver a tu madre.
ADÁN. Mi madre murió el año pasado.
CRISTINA. Estoy empezando a cansarme de sus excusas para no verme.
ADÁN. ¡No vuelvas a meter a mi familia en nuestra relación!
CRISTINA. ¿Qué nos está pasando, Adán?
ADÁN. No lo sé, Cristina.
CRISTINA. Hace tiempo que ya no eres el mismo.
ADÁN. Tú tampoco.
CRISTINA. Últimamente hemos cambiado mucho. Y muy rápidamente. Tengo miedo.
ADÁN. Yo también.
CRISTINA. Tengo miedo de que nuestra relación se termine.
ADÁN. Quizás deberíamos darnos algo de tiempo. Tengo que replantearme muchas cosas.
CRISTINA. Si nos diéramos tiempo todo se iría al traste. Ya he pasado antes por esto.
ADÁN. ¿Qué podemos hacer entonces?
CRISTINA. Tengamos un hijo, Adán.
ADÁN. ¿Y crees que eso salvaría nuestra relación?
CRISTINA. Sí.
ADÁN. Mejor ven a mi casa y allí hablamos. Prepararé una buena sopa. Uno piensa mejor con el estómago frío. (*Cogiendo su mano*) Cristina. No quiero por nada del mundo que nuestra relación termine. Y menos de este modo.
CRISTINA. Yo también.
ADÁN. Te quiero, Cristina.
CRISTINA. Te quiero, Adán.

ADÁN y CRISTINA van a besarse pero los gritos desde el exterior de una mujer histérica los detiene.

CARMINA (*Off*). ¡Voy a encontrar a ese sinvergüenza! ¡Le pillaré con la mano en el tenedor! ¡Se enterará de que no puede engañarme!

ADÁN. ¿Qué son esos gritos?

RENÉ entra corriendo.

RENÉ. ¡Oh, no! ¡Madame Carmina viene otra vez!

CARMINA (*Off*). ¡No podrá engañar a su familia! ¡Y para que sus hijos recuerden en el futuro lo mal padre que fue aquí los traigo conmigo!

RENÉ. ¡Oh, mon dieu, mon dieu ! ¡Y viene con los niños!

El SR. DIOSDADO entra corriendo asustado.

SR. DIOSDADO. ¿Y esos gritos?

RENÉ. ¡Su mujer, messie!

CARMINA. (*Off*); ¡Que vean a lo que se dedica su padre!

SR. DIOSDADO. Otra vez ha vuelto a encontrarme.

RENÉ. ¿Cómo sabrá que estaba esta noche aquí?

SR. DIOSDADO. ¡No debí decirla donde venía!

RENÉ. ¿Qué hacemos, messie?

SR. DIOSDADO. Me esconderé detrás del biombo. Seguro que no me encuentra.

El SR. DIOSDADO se esconde tras el biombo. ADÁN se levanta.

ADÁN. ¡Señor Diosdado!

SR. DIOSDADO. No sé quién es usted.

CARMINA. (*Off*) ¡Que vean lo que hace con otras! ¡Unas inocentes criaturas van a descubrir toda la crudeza de la vida!

Entra CARMINA llevando de la mano a dos JÓVENES bien entrados en edad. Son más altos y robustos que todos los presentes. RENÉ se interpone en su camino.

RENÉ. ¡Buenas noches, madame Carmina! ¡Nos orgullece volver a tener su incómoda presencia en nuestro humilde local!

CARMINA. ¿Dónde está ese desgraciado?

RENÉ. ¡Aquí me tiene de cuerpo presente, madame!

CARMINA. Me refiero a mi marido.

RENÉ. No sabemos nada de su marido. A este local sólo viene gente respetable.

CARMINA. ¡Encontraré a ese maldito! ¡Traigo a sus hijos para que vean lo que hace su padre!

RENÉ. ¿Son estos sus hijos, madame Carmina? Están muy crecidos. La última vez que les vi eran mucho más pequeños.

CARMINA. Los niños crecen.

RENÉ. (*Señalando al JOVEN PRIMERO*) Y aquel de allí era una niña.

CARMINA. Ya sabe cómo cambian los niños de un día para otro.

RENÉ. Oui, madame. La naturaleza es caprichosa.

CARMINA (*Cierra los ojos y pone la mano en la frente haciendo de visera*) ¡Ahí está! ¡Ahí está ese desgraciado! ¡Vamos niños!

Se dirigen hacia ADÁN. Lo agarra de la camisa.

CARMINA. ¡Desgraciado! ¡Ya te tengo! ¡Ya te he visto! ¿Qué tienes que decir ahora?

ADÁN. Señora.

CARMINA (*Zarandeando a ADÁN*) ¡Buitre! ¡Cerdo! ¡Cucaracha! ¡Hipopótamo!
¡Marsupial! ¡Orangután! ¡Perro! ¡Rata!

ADÁN. (*Soltándose*) Exijo un respeto, señora.

CARMINA. ¡Miserable! ¡Delante de tus hijos! ¡Qué vergüenza! ¡Qué humillación!

ADÁN. Intente tranquilizarse, señora.

CARMINA. ¡Será sinvergüenza! ¡Me pide que me tranquilice! ¡Mi propio marido!

ADÁN. ¡No soy su marido!

RENÉ. Madame Carmina. Quizás haya vuelto a olvidar sus gafas en casa.

CARMINA. (*Se vuelve para responder al tronco del Brasil*) ¡¿Gafas?! ¡No necesito gafas! ¡Veo perfectamente!

ADÁN. Señora, está hablándole a un tronco del Brasil.

CARMINA. Para ti cualquier excusa es buena con tal de no dar la cara. ¡Granuja!

ADÁN. No estoy poniendo ninguna excusa.

CARMINA agarra el tronco del Brasil y lo zarandea.

CARMINA. ¡Yo te mato, sinvergüenza! ¡Te mato!

SR. DIOSDADO. (Desde su escondite) ¡Qué raro que esté tan relajada!

RENÉ y ADÁN se abalanzan para separarla del tronco.

CARMINA. ¡Te mataré con mis propias manos!

ADÁN. Suelta el tronco. Él no tiene la culpa.

CARMINA agarra a ADÁN.

CARMINA. ¡Ya te tengo, miserable!

ADÁN. ¡Suélteme!

CARMINA. (*Le suelta*) Dices eso ahora que te hemos cogido con el cuerpo del delito.

ADÁN. No sé quién es usted, de verdad.

CARMINA. Aunque me duela acepto que tengas la poca vergüenza de no reconocermene en público. Lo que no tolero es que reniegues de tus propios hijos.

JOVEN PRIMERO. Este señor no es nuestro padre.

CARMINA. ¡Cállate niña! ¿Y tú qué sabrás quién es tu padre?

JOVEN SEGUNDO. Yo tampoco reconozco a este señor como mi padre.

CARMINA. Mira como eres una figura ausente. Ni siquiera te reconocen.

JÓVENES. ¡No es nuestro padre!

CARMINA. También le has comido la cabeza a tus hijos. A ellos podrás engañarles, rufián, pero no a mí.

ADÁN. No sé quienes son estos niños.

CRISTINA. ¡Me has ocultado que tenías familia durante todo este tiempo!

ADÁN. No cariño.

CRISTINA. Ahora comprendo por qué no querías comprometerte conmigo.

ADÁN. Créeme, cariño. Estoy diciendo la verdad. No sé quién es esta mujer.

JOVEN PRIMERO. Yo tampoco conozco a esta señora.

JOVEN SEGUNDO. Yo estaba haciendo deporte y me introdujo a la fuerza en su coche.

CARMINA. Esta noche vas a quedarte sin postre. ¡Por insolente!

JOVEN SEGUNDO. ¡No es justo!

JOVEN PRIMERO. ¿Puedo comerme yo el suyo?

CARMINA. Cállate o tú también te quedas sin postre, Carminita.

JOVEN PRIMERO. Me llamo Alberto, señora.

CARMINA. Te llamarás como yo quiera que para eso eres mi hija. ¿Qué estaba diciendo? ¡Ah sí! ¡Aturdido! ¡Bellaco! ¡Botarate! ¡Bribón! ¡Galimatías! ¡Granuja! ¡Inconsciente! ¡Indeliberado! ¡Irreflexivo! ¡Mamarracho! ¡Mequetrefe! ¡Rufián! ¡Tarambana! ¡Truhán!

ADÁN. Señora, le pido que deje de insultarme de ese modo.

SR. DIOSDADO. No puede evitarlo. Es académica de la Lengua.

CARMINA. ¡Desdeñoso! ¡Desleal! ¡Engañifador! ¡Embaucador! ¡Falso! ¡Marrullero! ¡Pérfido! ¡Traicionero! ¡Traidor! ¡Zaino! ¡Zalamero! ¡Te llamaría por todos los insultos del mundo hasta con la uve doble si existieran!

CRISTINA. ¡Me has engañado! ¡Me dijiste que no tenías mujer ni hijos! ¡Sabes que sentía algo por ti! ¡Parecías tan sincero y buena persona!

CARMINA. ¿Una mujer que siente aprecio por ti? ¡Tú no eres mi marido!

ADÁN. Es lo que llevo diciendo todo el rato.

CRISTINA. ¡Me has destrozado el corazón! ¡Me has engañado! ¡Eres un mentiroso!

ADÁN. Cristina, escúchame. No es lo que imaginas.

CRISTINA. (*Golpea en la espalda a ADÁN*) ¡Mentiroso!

ADÁN. ¡Argh! ¡Mis costillas!

CRISTINA sale corriendo. ADÁN no para de tocarse la espalda y lamentarse.

CARMINA. No entiendo como permite que le llame mentiroso en público. Me ha producido una mezcla entre rabia y vergüenza ajena escuchar vuestra discusión.

ADÁN. ¡Mi espalda!

SR. DIOSDADO. (*Sale del biombo*) Mi mujer lleva razón. Es incomprendible que permita ese tipo de humillaciones.

ADÁN. ¡Mi espalda! ¡Ahhh!

CARMINA. ¡Ahí estás! (*Al SR. DIOSDADO*) ¿Creías que ibas a librarte mí, eh? ¡Yo te mato! ¡Yo te mato! ¡Miserable! ¡Desgraciado! ¡Infel! ¡Vamos a casa malandrín! ¡Allí ajustaremos cuentas! ¡Vamos niños!

ADÁN. Señora. ¡Ahhh! ¿No cree que tiene algo que decirme?

CARMINA. Por supuesto que sí, señorito. ¡Es usted un infame! ¡Y un degenerado! ¡Debería darle vergüenza venir a estos sitios! ¡Y delante de niños pequeños!

CARMINA sale. El SR. DIOSDADO va a salir tras ellos pero se detiene junto a ADÁN.

SR. DIOSDADO. Tenga hijos para esto. Son peores que los sindicalistas.

CARMINA (*Off*). ¿A qué estás esperando?

ADÁN. Siento que tenga usted una esposa así.

SR. DIOSDADO. Ya lo veo como algo normal. Lo que sí lamento es que tenga usted unos hijos así.

ADÁN. Uno está acostumbrado.

RENÉ se acerca al SR. DIOSDADO.

RENÉ. ¿Volverá, messie?

SR. DIOSDADO. Después del trato recibido esta noche lo dudo mucho, René. He quedado profundamente decepcionado.

RENÉ. Hice lo posible por evitarlo. No puede dejarme así, messie. El Jardín del Edén se hundirá si me abandona. No merezco esto.

SR. DIOSDADO. Ni yo el trato recibido. Me marchó con la cabeza bien alta y la dignidad por delante.

CARMINA. (*Off. Enfurecida*) ¡Vamos desgraciado!

SR. DIOSDADO. ¡En seguida voy, cariño!

SR. DIOSDADO. (*Altanero*) Adiós.

El SR. DIOSDADO vacila antes de salir.

SR. DIOSDADO. Disculpe Adán. ¿Podría hacerme un favor?

ADÁN. Por supuesto que no.

SR. DIOSDADO. No le diga nada de esto a los mongoles.

RENÉ. ¡Y usted no me abandone!

El SR. DIOSDADO vuelve a vacilar antes de salir.

SR. DIOSDADO. Por cierto Adán, una última cosa. Está usted despedido. No lo tome como algo personal.

ADÁN. No puede despedirme así como así. ¡Aiss! ¿Cuál es el motivo?

SR. DIOSDADO. Acaba de demostrármelo tratando así a su familia. No queremos gente como usted en una empresa tan familiar como la nuestra.

RENÉ. ¡Yo sí quiero a gente como usted en mi local!

El SR. DIOSDADO sale.

ADÁN. ¡Oii! ¿Qué tendrán de familiares los rodamientos?

ADÁN se sienta en la mesa entre malestares de espalda. Le sigue RENÉ.

RENÉ. (*En un correcto castellano*) Es el final... Es el final... El señor Diosdado ya no va a volver. Mi negocio se hunde. Definitivamente.

ADÁN. ¿Y tú acento?

RENÉ. ¿Qué acento?

ADÁN. ¡Eres francés!

RENÉ. Más quisiera yo ser francés.

ADÁN. ¿Entonces eres español?

RENÉ. De un pueblecito de la Mancha.

ADÁN. Pero hablas como un francés, te mueves como un francés, vistes como un francés, insultas como un francés, careces de autocrítica como un francés, eres prepotente como un francés, barres como un francés, recoges los platos como un francés, limpias el polvo como un francés... ¿Cómo es posible?

RENÉ. ¿Has oído hablar alguna vez de la transpersonalidad?

ADÁN. No.

RENÉ. ¿Sabes lo que es sentirse francés y haber nacido en el cuerpo de un manchego?

ADÁN. No puedo imaginarlo.

RENÉ. Es un infierno personal. Y ya me quedaba poco para poder marcharme a Suiza a operarme. Y ahora se ha venido todo abajo.

ADÁN. No debe ser fácil una operación de personalidad.

RENÉ. Esta es la noche más triste de mi vida. Más triste que la noche de la redada de Sanidad.

ADÁN. Es una noche triste, sí. Yo también he perdido lo más importante que tengo en mi vida. Mi corazón y mis costillas están rotas.

RENÉ. No me queda nada...

ADÁN. Y mi amor se ha esfumado...

RENÉ. En esta noche hay que olvidar nuestras penas.

ADÁN. Saca el bote de bicarbonato. Voy a tomar cucharadas hasta perder el sentido.

RENÉ. Es lo más inteligente que he escuchado desde la última vez que escuché algo inteligente. Invítame a unas cucharadas.

ADÁN. Eres el dueño del local. Deberías invitarme tú.

RENÉ. Está bien, te invitaré. Pero tú pagas.

ADÁN. Me parece justo.

RENÉ se levanta y sale. ADÁN enciende un cigarro. Entra el JOVEN PRIMERO para sentarse en la mesa.

ADÁN. ¿Problemas en casa?

JOVEN PRIMERO. Me he escapado.

ADÁN. Tus padres estarán buscándote ahora.

JOVEN PRIMERO. No les importo. Además ya habrán encontrado a otra hija.

ADÁN. Entonces siéntate con nosotros. Vamos a olvidar.

Vuelve RENÉ con un bote de bicarbonato y dos cucharas.

ADÁN. Disculpa por el cigarro. Lo he encendido sin querer.

RENÉ. Ni siquiera me importa. Estoy muy deprimido.

JOVEN PRIMERO. ¿Puedo tomar bicarbonato con vosotros?

ADÁN. Las niñas no deberían tomar bicarbonato. Esto es para hombres.

JOVEN PRIMERO. ¡Ya soy un hombre!

RENÉ. No pierdas nunca esa esperanza.

ADÁN. La noche va a ser larga y el bicarbonato tarda en subir a la cabeza. Deberíamos jugar a algo para pasar el rato. ¿Tienes una baraja francesa, René?

RENÉ. (*Rompe a llorar*) ¡No!

JOVEN PRIMERO. Entonces ya no podremos echar un solitario.

ADÁN. (*Rompe a llorar*) ¡No!

RENÉ y ADÁN están llorando desconsoladamente. El JOVEN PRIMERO toma una cucharada de bicarbonato.

JOVEN PRIMERO. ¡Argh! ¡Mi garganta!

RENÉ y ADÁN le miran.

JOVEN PRIMERO. Tengo que ir al servicio. ¿Dónde está?

ADÁN. ¿Tienes prisa?

El JOVEN PRIMERO asiente pálido.

RENÉ. Tiene que ir al final del local. Allí verá un pasillo que gira a la derecha y entonces se encontrará con dos puertas...

El JOVEN PRIMERO sale corriendo.

RENÉ. ¡Si tienes algún problema envíame un telegrama!

ADÁN. Estas niñas no aguantan nada.

RENÉ toma una cucharada con cara de asco. ADÁN hace igual.

RENÉ. ¡Agh! Está fuerte, ¿eh?

ADÁN. No probaba algo igual desde las sales de frutas.

RENÉ. ¿También has probado las sales de frutas?

ADÁN. Cuando uno es joven hace muchas tonterías.

RENÉ. Voy a tomar otra cucharada.

ADÁN. ¿Te has vuelto loco? ¿No crees que has tomado ya suficiente bicarbonato?

RENÉ. Lo necesito. Necesito olvidar.

ADÁN. No olvidarás nada tomando bicarbonato.

RENÉ. Esta vida no tiene sentido si no eres francés.

ADÁN. Pero tomar bicarbonato sin parar no te hará francés.

RENÉ. Y tampoco te devolverá a ella.

ADÁN. Dame el bote.

ADÁN y RENÉ toman más cucharadas. Aumentan sus caras de asco. Su voz y gestos se vuelven lentos, torpes y melosos; como si estuvieran borrachos.

RENÉ. La echas de menos, ¿verdad?

ADÁN. Mucho. ¿Crees que volverá?

RENÉ. Sí. Tiene que recoger su finiquito en blanco.

ADÁN. ¿Y si no lo hace?

RENÉ. Se ha dejado aquí la sopa.

ADÁN. ¿Y si no la quiere?

RENÉ. Volverá. Aunque sea por la zarigüeya, pero volverá.

ADÁN. (*Abraza a RENÉ*) Gracias amigo por estar siempre que te necesito. No sé que haría sin ti, amigo mío. Gracias.

RENÉ. Gracias a tí por venir a mi local esta noche. Sabía que no me fallarías.

ADÁN. ¿Cómo iba a hacerle eso a un amigo?

RENÉ. Te quiero.

ADÁN. Yo también, amigo.

Entran AKIRA, KENJI y YASUJIRO tres empresarios japoneses vestidos como tales. YASUJIRO está muy borracho y tiene que ser llevado por AKIRA y KENJI, que también están bebidos. Hablan un correcto castellano pero entorpecido por la bebida.

AKIRA. Por fin hemos llegado al Jardín del Edén. ¿Veis como llevaba razón?

RENÉ. ¡Está cerrado!

ADÁN. René, amigo, son clientes. Y parecen que traen mucho dinero.

RENÉ. ¿Clientes? (*Se levanta muy diligente. Vuelve su acento francés*) ¡Bienvenidos al Jardín del Edén, señores! ¿Qué desean?

AKIRA. Buscamos a el señor Diosdado.

RENÉ. El señor Diosdado ya no viene a este local.

AKIRA. ¡Si nos ha citado aquí esta noche!

YASUJIRO balbucea algo y cae al suelo.

RENÉ. ¿Se encuentra bien, messie?

ADÁN. (*En voz baja a RENÉ*) Creo que están saludando. Los japoneses tienen mucha ceremonia para estas cosas. Lo vi en un documental.

AKIRA y KENJI cogen como pueden a YASUJIRO. Hablan entre ellos en un rápido japonés. RENÉ se inclina hacia los empresarios en señal de reverencia.

RENÉ. Nosotros también estamos encantados de su presencia esta noche, ¡qué demonios!

AKIRA. ¡Ayúdeme a levantarlo!

KENJI. Deberíamos haberle dejado en el taxi.

Consiguen sentar a YASUJIRO en la mesa.

RENÉ. Sacaré más sillas.

KENJI. ¡Y una botella de sake!

RENÉ. Perdón. ¿Qué quiere que le saque?

KENJI. Sake.

RENÉ. ¿El qué?

KENJI. Usted saque sake y ya veremos después.

RENÉ. Pero antes dígame lo que quiere que saque, messie.

KENJI. El que sea. A estas alturas y con esta borrachera me conformo con cualquiera. Y una geisha, no lo olvide.

RENÉ. Entonces quiere que le saque una geisha.

KENJI. Y sake.

RENÉ. Geisha...

KENJI. ...Con sake.

RENÉ. (*Para sí mismo*) Qué raros que son estos coreanos.

AKIRA. Permítanme que me presente. Mi nombre es Akira pero pueden llamarme Akira.

Hace la reverencia y todos la corresponden.

RENÉ. Encantado, messie. Mi nombre es René aunque todos me conocen por René.

Nueva reverencia. RENÉ sale.

ADÁN. Es un placer, señores. Mi nombre es Adán aunque en realidad me llamo Adán.

Reverencia.

KENJI. Mi nombre es Kenji. Quiero alcohol y geishas.

Reverencia. RENÉ vuelve torpemente con las sillas. YASUJIRO hace un extraño sonido entre ronquido y arcada. Todos le hacen la reverencia. Entra tambaleándose el JOVEN PRIMERO.

ADÁN. Y este es el Joven Primero.
JOVEN PRIMERO. ¿Quién me llama?

Todos excepto el JOVEN PRIMERO hacen la reverencia.

ADÁN. Aquí donde ven a esta niña fue antes un chico y antes de todo eso un adulto. Por eso le llaman el Joven Primero.

Todos vuelven a hacer una reverencia.

AKIRA, KENJI, RENÉ, JOVEN PRIMERO y ADÁN se sientan dejándose caer en las sillas. YASUJIRO permanece durmiendo en un lateral. Balbucea palabras ininteligibles.

AKIRA. (*A KENJI*) Este sitio es horrible: sucio, destartalado, decadente y grotesco. Es tan occidental... Me encanta.

KENJI. Ni en los sitios más sórdidos de Tokio he visto algo así.

RENÉ. Ni yo he visto nunca una chaqueta con tan mal gusto. ¿Dónde la compró?

KENJI. La confeccionó un honorable sastre de Osaka que murió hace años.

RENÉ. ¿Podría darme su dirección para no hacerme nunca una chaqueta allí?

AKIRA. (*Ojeando el local*) Aquí tenemos negocio.

KENJI. ¡Yo quiero geishas!

RENÉ. (*A los japoneses*) La cocina está cerrada pego si les apetece algo de cenar solamente sobran unas sopas congeladas a los finos cabellos de camarero.

AKIRA. Qué maravilla. Aquí también le ponen nombres metafóricos a los platos.

RENÉ. Decídanse. ¡No tengo toda la noche!

AKIRA. ¿No os parece maravilloso camaradas? Todo es tan occidental. Me encanta. El mal trato, las sillas incómodas, los cubiertos sucios, las plantas secas, el biombo de imitación... ¿Cuánto pide por este negocio?

RENÉ. (*Su acento desaparece*) Mil millones y es mi última oferta. Por menos no me muevo, señor.

AKIRA. Le doy cien mil.

RENÉ. Trato hecho.

AKIRA. Perfecto.

KENJI. ¿Y nuestra aprobación? ¡Yo no firmo nada si no me traen una geisha!

RENÉ. Usted firme y luego le traeremos lo que sea. ¿Le parece bien?

YASUJIRO balbucea algo raro e ininteligible.

KENJI. Él tampoco está de acuerdo. ¡Quiero una geisha!

RENÉ. ¿De dónde saco yo una geisha a estas horas de la noche en medio del campo?

ADÁN. Hay que ver los pocos recursos que tienes.

KENJI. ¡Me han prometido una geisha y quiero una! ¡Sin geisha no hay contrato!

Además falta la opinión del socio Yasujiro.

AKIRA. No será necesario. Perdió su porcentaje de la empresa apostando conmigo al solitario en el avión. Lo siento Kenji pero te guste o no este local se compra.

KENJI. Hacer negocios sin geishas... El venerable sastre se revolvería en su jardín zen si viera esto.

AKIRA. ¡No blasfemes con los antepasados!

AKIRA saca un contrato. RENÉ lo lee. AKIRA y KENJI se enzarzan en una discusión en japonés.

ADÁN. (*A RENÉ*) No suena nada bien todo lo que están hablando.

RENÉ. ¿Habla japonés, messie?

ADÁN. No, por eso me suena tan mal.

KENJI sale enfurecido.

AKIRA. ¿Está de acuerdo con el contrato?

RENÉ. Está en japonés. No entiendo nada.

AKIRA. Yo tampoco. Siempre me lío con todo ese lenguaje jurídico.

RENÉ. ¿Qué dice aquí?

AKIRA. Cedo la propiedad de mi empresa a la Corporativa Konichi. ¿Ve cómo no hay quién entienda estas cosas?

RENÉ. Siempre pasa igual. ¿Hay algún punto que sea más claro?

AKIRA. Sí, este... Las partes, con dejación expresa a la conveniente prerrogativa que pudiera condescenderles la suscripción de dicho certificado quedan subyugadas a contingentes divergencias dimanantes de un hipotético latrocinio ostensible en estipulaciones primigenias.

RENÉ. Seré poco inteligente pero si no me hablan así no entiendo las cosas.

AKIRA. Sabía que teníamos que sacar algo en claro de aquí.

RENÉ. ¿Cómo era lo primero que decía?

AKIRA. Cedo la propiedad de mi patrimonio financiero a la Corporativa Konichi.

RENÉ. Este lenguaje retorcido de los abogados. Se creerán que somos eruditos de la Lengua.

AKIRA. Pero leyendo cosas como “contingentes divergencias dimanantes de un hipotético latrocinio” parecen que nos toman por retrasados.

RENÉ. Pues sí... (*Firma*) Aquí tiene. Su contrato.

AKIRA (*Dándose la mano*) Es un placer hacer negocios con un occidental.

ADÁN. Has salvado tu negocio, René.

RENÉ. ¡Por fin seré francés!

RENÉ sale corriendo tarareando la “Marsellesa”.

ADÁN. Y yo sigo aquí siendo un sindicalista sin causa que defender.

AKIRA. ¿Le gustaría ser el Director de Recursos Humanos?

ADÁN. ¿Y decidir sobre el destino de mis obreros? ¡No, señor! Yo solamente lucho por el proletariado y sus derechos.

AKIRA. Tendría un coche de empresa a su nombre.

ADÁN. Así es cómo los viles empresarios tratan de corromper al digno hombre de a pie... ¡con fatuos regalos!

AKIRA. ¿Tampoco le interesan las veinticinco pagas anuales y los tres meses de vacaciones de los que disfrutaban todos nuestros empleados?

ADÁN. ¿Por quién me ha tomado?

AKIRA. Por un hombre con loft en pleno centro de la ciudad.

ADÁN. ¿Cree que voy a vender mi alma al diablo por tan poco?

AKIRA. ¿Ha soñado alguna vez con tener un despacho propio?

ADÁN. En mis sueños no hay despachos de ningún tipo. Solo hay fábricas llenas de obreros sonrientes.

AKIRA. Imagine un pisapapeles con su nombre.

ADÁN. ¿A quién tengo que pisar?

AKIRA. De momento firme aquí.

ADÁN. (*Firma*) Aquí tiene. Soy todo suyo.

AKIRA. (*Dándole la mano*) Es un placer hacer negocios con occidentales. (*Para sí mismo*) Se conforman con tan poco.

JOVEN PRIMERO. ¿Tiene algo para mí, señor japonés? Acabo de marcharme de casa y necesito un trabajo. Cualquier cosa.

AKIRA. Los mejores trabajos ya están cogidos, jovencita. Solamente quedan los puestos Ejecutivos. Lo siento mucho.

JOVEN PRIMERO. No pasa nada. Ahora mismo me conformo con lo que sea.

AKIRA. Tengo una vacante como directora responsable de ventas en el extranjero. Sé que no es una gran cosa pero este mundo funciona así.

JOVEN PRIMERO. De acuerdo...

AKIRA. No pierdas la esperanza. Eres joven y aún tienes muchos años por delante para poder descender de puesto y sueldo.

JOVEN PRIMERO. Gracias, señor japonés, por animarme.

AKIRA. Te queda mucho por aprender, joven nihilista occidental. ¿Sabes una cosa? Me recuerdas muchos a los jóvenes nihilistas orientales.

ADÁN. No puede trabajar. ¿No ve que aún es una niña?

AKIRA. ¿Es eso cierto? Me ha decepcionado. Yo pensaba que era una joven emprendedora recién licenciada. En fin. Debo irme, señores. Ha sido un placer hacer negocios con ustedes. Descansen que mañana será un día duro. A primera hora inauguramos este local que será el número doscientos mil de nuestra cadena en esta provincia.

ADÁN. ¿En qué se convertirá esto?

AKIRA. ¿Cómo quiere que lo sepa si aún no se ha inaugurado? Pero seguro que dará mucho dinero.

AKIRA se dispone a salir.

ADÁN. Un momento, señor empresario. Deja olvidado a su socio en la mesa.

AKIRA. No importa. Con todo lo que ha perdido será el encargado de la limpieza de este local. Déjenle aquí para que se vaya familiarizando con su nuevo trabajo. Ahora discúlpenme si son tan amables. Tengo que tramitar las licencias de quinientas franquicias en esta ciudad.

AKIRA sale.

JOVEN PRIMERO. Has arruinado mi primer empleo.

ADÁN. Para la porquería que ofrecían no merece la pena que tu primer trabajo sea en algo así.

JOVEN PRIMERO. Llevas razón. Es tan precario nuestro mundo laboral...

CRISTINA entra.

ADÁN. Cristina...

CRISTINA. ¿Podemos hablar a solas?

ADÁN. Claro que sí. (*Se levanta*) Ya os dejo.

CRISTINA. No. Es contigo con quién quiero hablar.

ADÁN. (*Al JOVEN PRIMERO*) Márchate a dormir ya. Una niña no debería estar despierta a estas horas.

JOVEN PRIMERO. Todas las noches igual.

El JOVEN PRIMERO se levanta y sale cabizbajo. CRISTINA se sienta junto a ADÁN. Ambos permanecen un momento en silencio mirando hacia otro lado.

CRISTINA. ¿No me dices nada?

ADÁN. No.

CRISTINA. Te noto algo raro, Adán. Échame el aliento.

ADÁN. No.

CRISTINA. A ver, déjame ver.

CRISTINA se abalanza contra él para olerle el aliento pero ADÁN intenta resistirse torpemente.

CRISTINA. ¡Apesta a bicarbonato!

ADÁN. Solamente he tomado una cucharada... o dos. Puede que tres. ¡Como mucho cuatro!

CRISTINA. Seguro que has estado tomando bicarbonato toda la noche con ese amigote tuyo de René. Como si no te conociera.

ADÁN. Sí, lo reconozco. He tomado bicarbonato sin parar.

CRISTINA. ¡No me gusta que te juntes con ese tal René! Es una mala influencia. Seguro que ese chico también toma sales de frutas.

ADÁN. Sí, me ha ofrecido pero le he dicho que no. Solamente he tomado bicarbonato.

CRISTINA. ¿Y por qué has hecho eso, cariño?

ADÁN. Quería olvidar nuestra discusión. Pensé que te perdía para siempre.

CRISTINA. (*Abrazándole*) Oh, cariño mío. ¿Cómo has podido pensar eso? Solamente estaba enfadada. Perdóname por haberte insultado antes de ese modo. No quise decir todo eso.

ADÁN. Me llamaste mentiroso delante de todos.

CRISTINA. Siento mucho haberte humillado ante los demás.

ADÁN. Ellos me dan igual. Yo lo siento por el tronco del Brasil. Él no tiene ninguna culpa de nuestros problemas sentimentales.

CRISTINA. Estaba cegada por los celos. En esos momento no reparas en si está el tronco delante, te dejas llevar por tus impulsos. Adán, démonos otra oportunidad...

ADÁN. ¿Crees que funcionaría lo nuestro?

CRISTINA. Debe funcionar.

ADÁN. Desde lo que ha pasado esta noche no sé si podré seguir amándote como antes... ¿Cómo estás tan segura de que debe funcionar?

CRISTINA. Porque vamos a ser padres. Me he hecho las pruebas.

ADÁN. ¿Y cómo ha podido pasar?

CRISTINA. Porque nunca has tomado precauciones conmigo.

ADÁN. ¿Y de cuanto estás?

CRISTINA. De tres cuartos de hora.

ADÁN. ¡Y me lo has ocultado todo este tiempo!

CRISTINA. No sabía cómo ibas a tomártelo.

ADÁN. ¿Cuándo pensabas decírmelo?

CRISTINA. Quería esperar el momento oportuno.

ADÁN. Sabes que ser padre no estaba en mis planes de esta noche.

CRISTINA. Madura, Adán. Ya tenemos edad para ser padres. Va a ser una niña. Como el joven primero

ADÁN. ¿Cómo has sabido el sexo tan pronto?

CRISTINA. Nuestra pequeña está siendo muy precoz.

ADÁN. Una niña... todavía no me hago a la idea.

CRISTINA. Será una diminuta y repelente sindicalista. Como su padre.

ADÁN. Y una insoportable feminista. Como su madre.

CRISTINA. Y vegana.

ADÁN. Será un nombre precioso, cariño.

CRISTINA. Oh, cariño estoy tan emocionada que podría dar a luz ahora mismo.

ADÁN. Y yo también.

Entran RENÉ y EL JOVEN PRIMERO. Se detienen al verles.

CRISTINA. Por fin conseguiremos formar una familia.

ADÁN. ¡Y seremos tan felices!

CRISTINA. (*Gime de placer*) ¡Ahh, ahh!

ADÁN. ¿Qué te pasa?

CRISTINA. (*Plena de felicidad*) Creo que acabo de tener una retroalimentación.

CRISTINA y ADÁN se funde en un emocionado y prolongado beso.

RENÉ. ¡Tendrán la desvergüenza de hacer algo así en público! (*Tapa los ojos y oídos a EL JOVEN PRIMERO*) ¡¿No ven que hay niños delante?!)

FIN

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-PR

José L.
SMJEG